PUBLICACIONES ACADÉMICAS

Mirabel Editorial

Colección Giambattista Vico

ANUARIO DE ESTUDIOS CERVANTINOS
Eduardo Urbina & Jesús G. Maestro (eds.)

BIBLIOTECA CERVANTES
Monografías y estudios críticos cervantinos

THEATRALIA
Revista de Poética del Teatro · Jesús G. Maestro (ed.)

BIBLIOTECA DE THEATRALIA
Monografías sobre teatro · Crítica y teatro

BIBLIOTECA DE ESCRITURAS PROFANAS
Novela · Poesía · Ensayo

LECTURAS : IMÁGENES
Revista de Poética de la Imagen · Carmen Becerra (ed.)

BIBLIOTECA DE IMÁGENES
Monografías sobre cine · Cine y literatura

BIBLIOTECA VICO
Traducción · Interpretación · Lingüística · Teoría de la
Literatura

* * *

JESÚS G. MAESTRO

EL CONCEPTO DE FICCIÓN
EN LA LITERATURA

CDU: 1; 82 (09)

MAESTRO, Jesús G., *El concepto de ficción en la literatura (desde el materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea)* (2006. Pontevedra). Pontevedra: Mirabel Editorial, 2006. 128 págs: 10 cms.

© Mirabel Editorial

Todos los derechos reservados

Colección

BIBLIOTECA GIAMBATTISTA VICO

Impresión

Área Impresa S.L.

Vilagarcía de Arousa · Pontevedra · España

ISBN-10: 84-935316-0-X

ISBN-13: 978-84-935316-0-7

Depósito legal: VG - 971 - 2006

Edición

Mirabel Editorial, S.L.

Avenida de las Carolinas 54

36600 · Vilagarcía de Arousa

Pontevedra (España)

Tlf.: 986 565 953 · Fax: 986 500 450

mirabel@mirabeeditorial.com

www.mirabeeditorial.com

Jesús G. Maestro

El concepto de ficción en la literatura

*(Desde el materialismo filosófico
como teoría literaria contemporánea)*

✻

Mirabel Editorial · 2006

*Quod non est in actis
non est in mundo*

Índice

PRELIMINARES	9
1. El confusionismo conceptual de la idea de ficción	13
2. Ontología materialista: el Ser es Material (o no es)	49
3. Demolición epistemológica de la idea aristotélica de ficción: Aristóteles no es nuestro colega	73
4. La propuesta gnoseológica: la literatura no confirma ninguna ver- dad trascendente	85
5. La construcción ontológica de la litera- tura: física, fenomenología y lógica	91
5.1. Existencia operatoria y existencia no operatoria (la impotencia de don Quijote)	93
5.2. Ontología de la ficción literaria: la ficción es una realidad	98
CONCLUSIÓN	107
BIBLIOGRAFÍA	121

PRELIMINARES

No presumo de haber encontrado la mejor de todas las filosofías, pero sí sé que conozco la verdadera, y si me preguntas que cómo lo sé, te responderé que del mismo modo que tú sabes que los ángulos de un triángulo valen dos rectos.

Baruch Spinoza a Albert Burgh
(Epístola LXXVI¹, La Haya, 1675)

Desde una perspectiva afín a la *Poética* de Aristóteles, en cuya trayectoria interpretativa se sitúa toda la teoría literaria occidental, se considera que una suerte de falacia poética constituye el núcleo esencial de la literatura. Las ideas de realidad, ficción, naturaleza, imitación y verosimilitud, son, entre otras varias, constitutivas de una poética que, desde hace aproximadamente veinticinco siglos, explica la *realidad de la literatura* como una "ficción literaria" y la rea-

¹ Numeración epistolar de acuerdo con la edición de Carl Gebhardt, citada en la bibliografía final (Spinoza, 1924: IV, 316).

JESÚS G. MAESTRO

lidad de la humanidad como un “mundo o naturaleza” dados de forma acrítica y apriorística.

Este opúsculo tiene como finalidad definir el concepto de ficción en la literatura. La crítica de la idea y del concepto de ficción se basará aquí en los presupuestos doctrinales del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea². La tesis que sostendré parte de una crítica demoladora de la epistemología aristotélica, a la que considero un punto de partida errado para plantear cualquier reflexión sobre la idea de ficción literaria. A continuación, expongo la inconveniencia o improcedencia de adoptar una perspectiva gnoseológica desde la que se pretenda exigir al discurso literario el contenido, confirmación o revelación, de una *verdad*, tal como se impone actualmente en la interpretación de la literatura desde las “teorías literarias” posmodernas, que aquí considero, por las razones que se verán, pseudo-teorías literarias, o simplemente ideolo-

² Como Teoría de la Literatura, el materialismo filosófico es un sistema metodológico de interpretación literaria cuyos postulados fundamentales he expuesto en mi opúsculo *La Academia contra Babel. Postulados fundamentales del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea* (2006), texto al que remito con objeto de que el lector pueda disponer de un marco de referencia adecuado a las interpretaciones que aquí se exponen sobre literatura y teoría de la literatura.

LA FICCIÓN EN LA LITERATURA

gías del intérprete vertidas sobre los materiales literarios. Finalmente, propongo que la única posición adecuada, en términos críticos y científicos, es decir, desde la Filosofía y desde la Teoría de la Literatura, para construir un concepto de ficción que resulte operativo y útil a la hora de interpretar los textos y las obras literarias es la perspectiva ontológica, concretamente, la que ofrece de la literatura la ontología materialista.

1

EL CONFUSIONISMO CONCEPTUAL DE LA IDEA DE FICCIÓN

*La mayoría de la gente no se ha dado cuenta
de que no sabe lo que son, realmente, las cosas
(Platón, Fedro 237d).*

Cuando la teoría literaria moderna y contemporánea habla de ficción, incurre en una confusión objetiva de términos literarios, ideas filosóficas y conceptos categoriales, procedentes de diversas ciencias humanas, disciplinas académicas o simples experiencias psicológicas. Es el caso de teorías *filológicas* o *retóricas* de la ficción, como las de Cesare Segre (1985), y antes que él, desde un formalismo completamente idealista e iluso, Wayne C. Booth (1961)³; es el caso

³ Basta leer el trabajo de Segre (1985) sobre la "Ficción", sin que esto desmerezca en absoluto la alta estima que se le tributa al filólogo italiano por otras de sus contribuciones, para disponer de uno de los mejores inventarios y repertorios de confusiónismo conceptual que se han publicado sobre la ficción literaria. Debe quedar

también de teorías de la ficción literaria basadas, bien en el *idealismo metafísico* de los mundos posibles, como las aducidas por Lubomir Dolezel (1988, 1989, 1998), que conducen a una interpretación teológica de la literatura (completamente desvinculada y ajena de la realidad material en que la literatura está inserta y a partir de la cual está construida, como tal materialidad literaria que es)⁴, bien en el *materialismo fisicalista* más par-

claro, no obstante, que estimo el trabajo de Segre como el más serio de cuantos se han publicado contemporáneamente —y se han publicado muchos— sobre el concepto de ficción literaria. Desde el punto de vista de la crítica de la literatura, como aplicación al texto literario de los conocimientos de la teoría, debe leerse la contribución de Georges Güntert (2006) sobre “*El Quijote, El curioso impertinente* y la verdad de la literatura”, que constituye una referencia singularmente positiva y valiosa al concepto de ficción literaria. Por desgracia, la mayor parte de la bibliografía impresa sobre este asunto es con frecuencia una mera rapsodia doxográfica de tópicos conocidos desde Aristóteles —quien elaboró una auténtica *epistemología de la ficción*— y que resultan exhibidos una y otra vez en términos de *retórica de la ficción* y de *psicología de la recepción literaria*, expuestas de forma tal que en ellas cabe cualquier cosa, pero nunca en términos de *gnoseología de la ficción* y de *ontología de la ficción*, perspectivas que exigen dar cuenta de lo que es la ficción como idea filosófica, como concepto categorial y como paradigma literario.

⁴ Volli (1978) tiene toda razón en su crítica a Dolezel, al negar que sea posible el uso del concepto de “mundo

vulario e ingenuo, como las de Siegfried J. Schmidt (1972, 1976, 1980, 1980a, 1984), que reduce la totalidad de los materiales literarios a una realidad física primogenérica, manufacturable e inventariadamente inerte⁵; sin embargo, la mayor parte de las teorías literarias que se han enuncia-

posible" fuera del ámbito de la lógica. Dolezel insiste en una falsedad palmaria: afirma que su teoría se basa en una lógica-ontológica de la obra literaria, cuando en realidad simplemente conduce a una metafísica de la literatura. No elabora una teoría del hecho literario, sino una Teología de la Literatura. Sus teorías son más ficticias que la propia ficción que él mismo dice estudiar en la realidad literaria. El concepto de "mundo posible" aplicado a la literatura desemboca en una topología metafísica. Cuando Pavel (1975, 1986), Dolezel y Eco (1979) se declaran partidarios de una semántica específicamente literaria, lo que hacen es desvincular *sus interpretaciones de la literatura* de la realidad en la que la literatura está inserta, es decir, separan la literatura de la ontología, con lo cual convierten la obra literaria en una suerte de "alma sin cuerpo" o mónada megarica, autodeterminada y trascendente, de la que, por supuesto, sólo ellos pueden ser intérpretes o analistas, cuales *mediums* de la interpretación literaria y reveladores de su "verdad".

⁵ Schmidt, al reducirlo todo al primer género de materialidad (M_1), es decir, al mundo de los objetos físicos, sostiene una de las concepciones más groseras y torpes de lo que el materialismo puede ser. Desde los presupuestos del materialismo filosófico, el materialismo que practica Schmidt resulta caricaturesco y zafio. En esta reducción de todo cuanto existe a materialidad primo-

do sobre la ficción se basan en *argumentos puramente psicologistas*, que conducen sin más a una exaltación metafísica y optimista de las formas literarias, concebidas desde una suerte de “creacionismo mágico”, como sucede en los trabajos de Félix Martínez Bonati (1978, 1980, 1981, 1992, 1995)⁶; en otros casos, este *psicologismo explicativo*

genérica, Schmidt incurre en un formalismo primario, en virtud del cual la ficción queda convertida en una realidad material del mundo físico, tal como sostiene en su artículo de 1984, en el que con toda naturalidad afirma que “la auténtica ficción es que la realidad existe” (1984: 253). Quien lea el trabajo de Schmidt comprobará hasta qué punto su autor ignora que esta perspectiva le conduce directamente al Calderón de *La vida es sueño*, es decir, a una cosmovisión barroca, escéptica, del mundo material mismo, desde el momento en que presupone que las realidades sensibles “nos engañan”, y que el mundo físico está lleno de apariencias, simulacros y falacias, pues, como él mismo dice, la realidad efectivamente existente es una ficción. El paso siguiente, como apuntan las soluciones místicas y religiosas del más variado pelaje, será el de buscar la “no ficción”, esto es, la “realidad auténtica”, en un mundo metafísico, divino, celestial, o cosa que se le parezca. Los trabajos de Schmidt son, en punto de ficción, completamente inconsistentes, y en punto de materialismo, un reduccionismo grosero y por entero deficiente.

⁶ La cúspide —o el colmo, según se mire— de las interpretaciones psicologistas de la ficción está en la obra de Walton (1978, 1980), que Antonio Garrido Domínguez (1997: 18) resume certeramente, al señalar que para este

de la ficción literaria trata de justificarse en términos fenomenológicos (Bonati, 1981; Villanueva, 1992) o pragmáticos⁷ (Landwehr, 1975; Glinz,

psicologista de obras literarias, "el cruce de fronteras entre ambos mundos es posible pero sólo desde una perspectiva psicológica; sentimos miedo, pena, alegría, odio o derramamos lágrimas, pero el lector mantiene siempre clara la conciencia de su diferencia. Así se explica que, cuando vemos que van a matar a alguien, experimentamos sensaciones muy diversas, pero a nadie se le ocurre salir del cine o el teatro para pedir auxilio a la policía: más que "suspensión de la incredulidad" (como señala Coleridge) implica "fingir la incredulidad" la creencia o autosugestión". Desde este punto de vista, la ficción queda reducida, sin más, a pura psicología, es decir, en términos materialistas, al segundo género de materialidad (M_2), o mundo psicológico, tal como expondré más adelante. Una postura de este tipo implica suprimir la interpretación de la literatura como realidad física y como realidad lógica, es decir, como materialidad primogenérica (M_1) y terciogenérica (M_3). En suma, se trata de un disparate.

⁷ Dentro de la pragmática lingüística y literaria cabría hacer referencia a las teorías de John Searle (1975) acerca de la ficción de la literatura como "acto de habla imaginario". Desde el punto de vista del materialismo filosófico, esta reducción del hecho literario a un acto imaginario de habla o de lenguaje constituye uno de los mayores simplismos que pueden formularse sobre la complejidad ontológica y gnoseológica de la literatura, como construcción formal y como realidad material fundamentada en un mundo interpretado y categoriza-

1977-1978; Reisz, 1979, 1989); finalmente, cabe referirse a las teorías literarias que tratan de expli-

do por seres humanos. La teoría de la verdad como correspondencia, que defiende John Searle, es adecuacionista, y remite a la célebre definición tomista, cuyo autor atribuía al médico y filósofo judío Isaac Israeli: *veritas est adecuatio intellectus et rei* (Tomás de Aquino, *Summa Theologica* I, q.16, a.1) La verdad quedaría, pues, definida como un tipo de relación —de correspondencia en el caso de Tarski—, entre dos términos: el entendimiento especulativo, por un lado, y la *res* objetual o realidad objetiva, por otro. La cuestión esencial reside en el fundamento de la correspondencia. En toda doctrina adecuacionista se pueden distinguir *variedades realistas* y *variedades positivistas*. La teoría de la verdad de Tarski era una forma de adecuacionismo positivista, ya que se restringía al campo científico de forma única y exclusiva. Searle, en cambio, agregará un *postulado de existencia del mundo exterior*, cuestión que Tarski dejaba de lado en su tratamiento de la verdad científica. Este modo de ejercer el adecuacionismo y sus variedades encuentra sus raíces en la obra Reichenbach, en su formulación de la oposición entre Realismo y Positivismo. Searle se sitúa así en la perspectiva del adecuacionismo realista, es decir, siguiendo, en primer lugar, la teoría de la verdad de Tarski, y adentrándose, en segundo lugar, al trabajar con el postulado de existencia, en el terreno de la ontología. Podría parecer que la teoría de la verdad de Tarski establece una tautología, pero no es así. El concepto de verdad no es para nada un concepto unívoco: puede aparecer referido a sujetos personales (bajo las formas de la *veracidad*) y a objetos impersonales (haciendo entonces referencia a la realidad del mundo

car la ficción desde lo que ellas mismas llaman *antropologismo*, y que no es sino, una vez más, una

externo bajo las formas de lo *verosímil*). La distinción entre un entendimiento y una realidad, cuya adecuación perfecta es el núcleo mismo de la verdad científica, no está exenta de problemas. ¿Dónde, en la Geometría, está el entendimiento y dónde la realidad? ¿Cómo es posible disociar la realidad del Teorema de Pitágoras de su condición de sistema de relaciones construidas intelectivamente? ¿Qué espacio concede la teoría de la verdad como adecuación a numerosos conceptos, figuras o sentencias, que no necesitan adecuarse a ningún correlato en el mundo físico o exterior, ni a cualquier otra forma que no sean ellas mismas? De la Geometría muchas veces se ha dicho que no necesita de un correlato real al que adecuarse para ser verdadera. No hay caminos reales para aprender Geometría, dice Euclides al rey Tolomeo. De igual manera, las figuras y relaciones geométricas que admiten representaciones gráficas o modelos plásticos, ¿cómo podrían fundamentar su verdad en la adecuación a algún poliedro ideal existente? Dichas figuras ideales sencillamente no existen en el mundo real exterior al cuerpo de la ciencia, sino que sólo aparecen en el contexto de figuras ideales de su misma clase en el campo de la Geometría. Cabría concluir que la teoría de la verdad como adecuación, en la que se basa Searle, sólo es válida en algunos casos y en algunos contextos determinados, mientras que en otros se demuestra como enteramente falsa, o como un modelo que, por inútil, sólo podemos desechar. En rigor, la norma adecuacionista sólo es aplicable a determinadas verdades, por lo que el intento de presentárnosla como el único significado universalmente válido de la idea de

JESÚS G. MAESTRO

nueva variante del psicologismo y la fenomenología, desarrollado en esta ocasión desde la interpretación formalista que el lector de turno, convertido por la institucionalización académica y los medios de recepción universitaria en crítico privilegiado, hace del texto literario (Iser, 1990; Ricoeur, 1983-1985; Vargas Llosa, 1990)⁸.

verdad en general, como hace Searle, o de la idea de verdad científica en particular, como hace Tarski, es un intento condenado al fracaso.

⁸ El caso de Vargas Llosa en su libro *La verdad de las mentiras* es especialmente sangrante, pues se trata de una vulgarización retórica de la ficción literaria, expresada como si fuera resultado de la lógica de un genio, cuando en realidad es psicología de la más común y banal. Nada más. No es posible adoptar o criticar la idea de ficción sostenida por Vargas en su libro, entre otras cosas porque en él no está contenida ni expuesta ninguna idea al respecto, sino simplemente el relato de una psicología de la ficción, por lo demás irracionalista, según la cual toda obra literaria tendría que leerse como un libro de ejercicios místicos, algo así como una experiencia que permite al Hombre entrar en contacto con lo trascendente y numinoso, lo "profundo", lo "auténtico", de su existencia. Se trata, en suma, de una acumulación de figuras retóricas. Absurdecos. Señala Antonio Garrido que autores como Iser, Ricoeur y Vargas, "coinciden en señalar que la ficción permite al hombre profundizar en el conocimiento de sí mismo, alcanzar sus anhelos, evadirse de las circunstancias que condicionan su vida cotidiana y tener acceso a experiencias del todo imposibles por otros conductos". De este modo, toda la

Para empezar, hay que advertir que categorías como “verosimilitud”, “ficción”, “mentira”,

literatura quedaría reducida a una suerte de *Cántico espiritual*, cuyos lectores resultarían ser sujetos capaces de existir durante algún tiempo fuera de la “realidad cotidiana”, acudiendo a un lugar —indudablemente metafísico— donde se les surtiría del conocimiento de sí mismos, para después regresar de nuevo al mundo dotados de este tipo de sapiencia trascendental. Ésa es la teoría de la ficción de Iser, Ricoeur y, sobre todo, Vargas Llosa como crítico literario, que no como novelista. Esta mística de la literatura como teoría de la ficción es innegable en las afirmaciones psicologistas de un crítico tan reputado como Iser, quien no tiene ningún reparo en escribir irracionalismos como los que siguen: “Las ficciones literarias muestran a los seres humanos como ese algo que ellos se hacen ser y como que ellos entienden que son. Para este propósito uno tiene que salir de sí mismo, de manera que pueda exceder sus propias limitaciones” (Iser, 1990a/1997: 57). Me pregunto cómo sería posible semejante viaje. La conclusión de Iser es de un irracionalismo metafísico incompatible con la razón humana: “La ficcionalización es la representación formal de la creatividad humana, y como no hay límite para lo que se puede escenificar, el propio proceso creativo lleva a la ficcionalidad inscrita, la estructura de doble sentido [...]. Este estado de cosas arroja una luz bastante inesperada sobre la condición humana. El deseo, firmemente arraigado en nuestro interior, no sólo de tenernos a nosotros mismos, sino incluso de conocer lo que es ser, hace que la ficcionalización se oriente en dos direcciones distintas. Las ficciones resultantes pueden describir la satisfacción de

JESÚS G. MAESTRO

“fantástico”, “maravilloso”..., se han elaborado siempre por referencia a las categorías de “realidad” y “verdad”, y con frecuencia ninguna de estas dos últimas se definen en términos categoriales o científicos y filosóficos o gnoseológicos. Y es imprescindible definir las en tales términos porque hay en ellos nociones decisivas que determinan cualquier forma de conocimiento crítico que pretendamos al respecto. Estas categorías se han usado siempre reproduciendo la perspectiva epistemológica formulada por Aristóteles en su *Poética*, en relación con las ideas que de la Realidad y de la Historia sostuvo este pensador, y se ha hecho sin tener en cuenta —y aquí se concreta la gravedad de un error históricamente reproducido— que las ideas de Realidad y de Historia que construye Aristóteles no son las ideas de Realidad y de Historia que existen en la materialidad de nuestro mundo moderno y contemporáneo, porque las ciencias categoriales humanas, al menos durante los últimos cinco siglos, han construido y definido la Realidad y la Historia de forma ontológicamente muy diferente de como lo había hecho Aristóteles.

Y es que la poética o literatura no es un conjunto de hechos posibles, expuestos verosímelmente, ni la historia una referencia de hechos rea-

este deseo, pero también puede proporcionar una experiencia de lo que significa no poder hacernos presentes a nosotros mismos” (Iser, 1990a/1997: 58 y 63-64).

les, acaecidos en un tiempo y en un espacio positivamente existentes. No. Semejante declaración sólo es posible de acuerdo con una perspectiva epistemológica en virtud de la cual se considera y afirma que el poeta miente y el historiador dice la verdad, porque los contenidos de la literatura son falsos, por irreales, y los contenidos de la vida son verdaderos, por haber tenido lugar en un tiempo y un espacio físicos. Todo lo cual es una falacia epistemológica de consecuencias impresionantes.

Ni la Historia es verificable en los hechos, sino en las *reliquias* (Bueno, 1978c; Moradiellos, 2001)⁹, desde el momento en que la Historia es el conocimiento científico de los materiales históricos o reliquias, ni la verdad de la Historia es otra cosa

⁹ El objeto de conocimiento de la Historia son los *materiales históricos*. Estos materiales históricos se denominarán *reliquias*, como “restos y trazas del Pasado que perviven en nuestro presente en la forma de residuos materiales, de huellas corpóreas, de vestigios y trazas físicas, de ceremonias y ritos, en una palabra de “reliquias” (*relinquere*: lo que permanece, lo que resta). Esos residuos que permiten la presencia del Pasado son el material sobre el que trabaja el historiador y con el que construye su historia” (Moradiellos, 2001: 60). Las reliquias son la presencia viva del pasado que hace posible el conocimiento histórico. Pueden considerarse como los significantes presentes de los significados pretéritos. Significantes que han sobrevivido a su significado. Las reliquias son, pues, las fuentes informativas del conocimiento histórico.

que reconstrucción gnoseológica de interpretaciones históricas a partir de muchísimos materiales interrelacionados, que constituyen el campo categorial de la Historia, esto es, su ontología. Prueba de ello es que ningún historiador cuenta igual la misma Historia: todos la construyen operatoriamente, es decir, la manipulan, poniendo el acento en unos aspectos frente a otros. Además, como toda disciplina científica, la Historia necesita de coordenadas filosóficas para adquirir sentido, desde el momento en que la Historia esta llena de Ideas filosóficas que los historiadores, en muchísimos casos, no tienen ni idea de cómo tratar: Nación, Imperio, Estado..., son ideas que cada uno trata a su modo, es decir, de acuerdo con sus posiciones no siempre gnoseológicas, sino con demasiada frecuencia ideológicas, políticas, e incluso psicológicas. Sería algo comparable a lo que hacen numerosos intérpretes o críticos de la literatura, que con frecuencia nada critican en sus escritos, sino que simplemente vierten sobre la literatura idearios políticos, morales y sexuales (que están en su ambiente social o académico más inmediato), y hacen del texto literario un depósito de ideologemas y psicologismos personales, es decir, una cloaca de ideologías gremiales, y con frecuencia autistas. De ahí que cada uno, cada historiador o cada lector literario, diga al final lo que le dé la gana, sin dar cuenta de ello a ninguna gnoseología de la ciencia ni a ninguna teoría del conocimiento histórico o literario. La Historia

y la Literatura son hoy día algo mucho más complicado de lo que creía Aristóteles en su tiempo, y mientras no asumamos esta declaración, estaremos interpretando los materiales literarios con categorías instrumentales de hace dos mil quinientos años, algo comparable en ingeniería a tratar de construir la presa de Asuán (1960-1970) con materiales arquitectónicos propios del siglo V antes de nuestra Era. Hay que tener muy presente que las ideas que Aristóteles formula de la Literatura y de la Historia —tal como hasta hoy se nos han conservado— son, básicamente, las que le proporcionan, en el primer caso, junto con los textos homéricos y las comedias de Aristófanes, entre otros modos, objetos y medios de imitación de la Naturaleza, las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y, en el segundo caso, la logografía de Tucídides y Heródoto. ¿Eso es Historia? No. ¿Es ése el *corpus* de la Literatura efectivamente existente? Tampoco. Heródoto ofrece una mezcla de múltiples aspectos etnológicos, relatos costumbristas, referentes mitológicos, hechos extraordinarios; por su parte, Tucídides construye los personajes históricos igual que si fueran literarios, les escribe y atribuye discursos, y les confiere caracteres decorosos e ideales¹⁰. La idea de Historia que tiene Aristóteles

¹⁰ “Bajo la rúbrica de *logógrafos* se agrupa un conjunto de escritores del Asia Menor griega que anticipan a

no es la nuestra¹¹. Y su idea de la Literatura, o de la Poética, si se prefiere, tampoco¹². Entonces,

Heródoto con sus relatos de acontecimientos pasados en los que quiere estar ausente el mito y la leyenda. El más conocido de ellos, Hecateo de Mileto (fines del siglo VI a. C.), exponía así el propósito de su obra *Genealogías* (de las grandes familias míticas): 'Escribo estas cosas en la medida en que me parecen verídicas; de hecho, las leyendas de los griegos son numerosas y ridículas, por lo menos en mi opinión'" (Moradiellos, 2001: 98). Heródoto y Tucídides eran logógrafos jonios (siglos VI y V a.n.E.). El término *Historia* lo aplica Heródoto a su obra, como testigo ocular y presencial de lo que cuenta: *hístor* (el que ve, testigo). Heródoto no habla de un pretérito mítico, prestigioso y lejano, sino de un pasado cercano, próximo, cuyos hechos han sido vistos y vividos por el testigo o *historiador*: "digo lo que he visto". Tucídides se diferenciará de Heródoto porque en sus relatos elimina todo lo relativo a aspectos etnográficos, presentes en su antecesor, y se concentra en cuestiones políticas, militares y, sobre todo, constitutivas de los hechos y sucesos humanos sobre los que es posible una observación directa y fidedigna. Con todo, Tucídides —en términos genuinamente aristotélicos— es más verosímil que verdadero.

¹¹ "En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto, y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo

¿por qué somos aristotélicos al sostener una idea de ficción literaria que las ciencias categoriales no pueden suscribir de ningún modo? ¿Por qué nuestra idea de ficción es irracionalmente aristotélica? ¿Por qué asumir de forma acrítica una idea de ficción, elaborada por Aristóteles hace dos milenios y medio, cuando la realidad de la Literatura y la ontología de la Realidad, son materialmente incompatibles con semejante idea aristotélica de ficción? Convenzámonos: Aristóteles no es nuestro colega.

Y por si todo esto no fuera en sí mismo suficientemente grave, sucede que numerosos escribanos o retóricos de la teoría literaria no dicen casi nunca nada relevante acerca de la noción de *verdad* ni en Platón ni en Aristóteles, formalista el primero y descriptonista y adecuacionista el segundo. Hay que empezar por señalar que la relación de las obras literarias, esto es, de las construcciones literarias, con el mundo de los seres humanos es, en primer lugar, *necesaria*, porque la construcción literaria no puede concebirse

general, y la historia, lo particular" (Aristóteles, *Poética*, 1451b, 1-5).

¹² "No corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad" (Aristóteles, *Poética*, 1451a, 36-38). Y algo más adelante: "Se debe preferir lo imposible verosímil a lo posible increíble" (1460a, 26-27).

aisladamente, al margen de los sujetos operativos que la construyen e interpretan (algo así sería idealismo puro: además, autor y lector remiten siempre a las realidades extraliterarias, y eso es ineludible)¹³; y en segundo lugar, en la mayoría

¹³ Desde una teoría literaria elaborada a partir de los criterios del materialismo filosófico no cabe hablar retóricamente de “autores implícitos”, “autores explícitos”, “autores implicados”, “instancias narradoras” anónimas, y otras entidades análogas o correlativas (del tipo “lectores explícitos”, “implicados”, “ideales”, y demás familia). Tales expresiones no son *figuras gnoseológicas*, sino *figuras retóricas*. No ofrecen interpretaciones de los materiales literarios, sino que son en sí mismas figuras retóricas que habrá que interpretar por relación a determinadas teorías literarias, de corte idealista y formalista, que las han inventado para (auto)desarrollarse neológicamente como ficciones interpretativas de las formas lingüísticas de los textos literarios. Realmente, desde la pragmática de la emisión literaria, sólo cabe hablar de *autor* (al que no tiene sentido llamar real, porque sería redundante) y *narrador* (que es el personaje que cuenta la historia y manipula el discurso). No hay obra literaria sin autor, por más que haya múltiples críticos que quieran negar su existencia. Labor absurda que consiste en negar una evidencia, aunque, como en el caso del *Lazarillo*, se trate de una *evidencia anónima*. No es de extrañar, pues, que una estudiosa latinoamericana —cuyo nombre, por decoro, no cito aquí—, emocionada con la metafísica de un autor posmoderno, haya creído leer “acaso” a Cervantes cuando leía el *Quijote* y “sin duda” al propio Foucault cuando leía el

de los casos, es también *dialéctica* (los autores construyen muchas veces su literatura por referencia antitética al mundo que les toca vivir)¹⁴ o,

Lazarillo. Al parecer, había leído recientemente el artículo "Qu'est-ce qu'un auteur?" (Foucault, 1969). En este sentido, lo que hace Foucault es, simplemente, vaciar de contenido el concepto de autor, como si algo así fuera posible, es decir, como si fuera posible disociar la autoría del *Quijote* de la existencia de Cervantes, o disociar impunemente al autor del *Lazarillo* de la autoría del *Lazarillo*, confundiendo irracionalmente, en este supuesto, la anonimidad con la inexistencia, para aceptar finalmente que el *Lazarillo*, o el *Quijote*, o la guía de teléfonos de Pontevedra, han sido escritos por un sujeto indefinible, deconstruido, desintegrado, diseminado, inexistente, que lo mismo puede ser la "huella cósmica", el *Volkgeist*, un extraterrestre o el Espíritu Santo. Lo siento por el señor Foucault, y sobre todo por sus acrílicos lectores, pero por muy mágicamente que se interpreten o suenen sus palabras, el hecho de que Cervantes existió materialmente y que materialmente escribió las *Novelas ejemplares*, y el *Quijote*, entre otras obras, es un hecho inderogable y una verdad que ni un bobo puede negar. La teología siempre ha tenido dos caras: una religiosa, desde la cual, efectivamente, las religiones afirman la existencia metafísica de irrealidades indemostrables; y otra secular, pero no menos metafísica, desde la cual la posmodernidad, por ejemplo, niega la existencia física de realidades materiales tan evidentes como comprobables.

¹⁴ Cervantes, en el *Quijote*, expone una concepción *dialéctica* del mundo, cuya concepción *idéntica* resulta res-

en otros casos, *idéntica* (si reproduce analógicamente el mundo de los seres humanos, como presupone el discurso cronístico o periodístico)¹⁵.

Como explicaré más adelante, desde los presupuestos del materialismo filosófico, no cabe hablar de Realidad como concepto positivo. No hay tal cosa. Lo que llamamos ordinariamente Realidad es una *construcción* de los sujetos humanos en función de sus operaciones prácticas, así como también lo es el Mundo interpretado o categorizado (M_1), pues no cabe hablar racionalmente de "Mundo" a secas. Se trata de cuestiones ontológicas a las que me voy a referir inmediatamente, para delimitarlas en términos de filosofía materialista, lo que hará posible la definición de un concepto de ficción literaria desde los presupuestos del materialismo filosófico como Teoría de la Literatura.

Cuando hablamos de Realidad estamos en el terreno de la ontología y de la epistemología, es decir, estamos en el ámbito en el que se sitúa todo aquello con lo que un sujeto opera cotidianamente. Sin embargo, la "realidad" en la que un

taurada y reconstruida por el autor, o los autores, del *Quijote* apócrifo de Avellaneda (Márquez, 1989; Maestro, 1994).

¹⁵ Gabriel García Márquez, por ejemplo, en su *Crónica de una muerte anunciada*, trabaja sobre lo idéntico, no sobre lo dialéctico, de un mundo concebido como la visión de un testigo que narra lo que sabe.

ser humano se mueve no se explica por sí misma, sino por referencia a otras "realidades" a las que se opone, en las que se inserta, o a las que absorbe, es decir, por referencia a otras realidades con las que existe y coexiste, esto es, con las que se *conjugan*. Del mismo modo, cualquier "mundo" construido por un sujeto entra de forma inmediata y necesaria en relación dialéctica con el resto de "mundos" efectivamente existentes. Sólo cuando se habla de Verdad frente a Falsedad el sujeto se sitúa en el terreno de la gnoseología, como teoría del conocimiento basada en la oposición materia / forma, frente a la epistemología, que se articula sobre la dialéctica objeto / sujeto. En este sentido, la mayor parte de los filólogos, historiadores y teóricos de la literatura que se han ocupado del concepto de ficción literaria ha incurrido en un despliegue de múltiples contradicciones, porque por un lado habla de *verdad*, que es cuestión gnoseológica, y por otro lado no deja de manejar, de forma indiscriminada y simultánea, las categorías de *objeto* y de *sujeto*, que son categorías epistemológicas.

El materialismo filosófico considera por separado cada uno de estos dominios o espacios (ontología, epistemología y gnoseología), discrimina entre adecuacionismo, descriptivismo y proyectismo, y postula una teoría constructivista de acuerdo con la cual la Realidad es una construcción humana, manipulada, organizada y ejecutada por la praxis de los sujetos operatorios, y

cuya delimitación como Idea es previa a cualquier Idea necesariamente posterior que pueda formularse sobre la Ficción, en literatura, en matemática o en termodinámica. La verdad atañe a la materia y a la forma, en tanto que una y otra se tratan como lo que son: conceptos conjugados (Bueno, 1978a). No hay una *verdad* ni una *realidad* al margen de las construcciones de los seres humanos o sujetos operatorios. Las ciencias, de hecho, no son sino construcciones operatorias, constitutivas del mundo y constituidas desde el mundo.

Por todas estas razones, y como trataré de exponer en este opúsculo, no tiene sentido, porque no es riguroso ni racional *en nuestro mundo contemporáneo*, desde el momento en que el saber de las ciencias categoriales no lo autoriza, hablar de *verosimilitud* en términos de adecuación —términos aristotélicos— a una realidad que, como la propia ficción, es también una *construcción*. En consecuencia, el concepto de ficción literaria ha de redefinirse por completo. Habrá que moverse en términos de ontología, ni siquiera en términos de gnoseología, y desde luego de ninguna manera en términos de epistemología. Sólo desde un espacio ontológico podrá estudiarse qué tipos de materialidad se ponen en juego en las distintas obras literarias. Como expondré a lo largo de este trabajo, la Literatura tiene más y mayor presencia en la realidad que la Filosofía, e incluso más que cualquiera de las ciencias categoriales, sean

Humanas o Naturales, porque de los tres géneros de materialidad en que se organiza el mundo categorizado o interpretado (M_1) por los seres humanos, la Literatura está presente en el mundo físico (M_1), en el mundo psicológico o fenomenológico (M_2) y en el mundo lógico (M_3), mientras que las ciencias sólo están presentes en M_1 o M_3 , y la Filosofía sólo trabaja con ideas que forman parte de M_3 . A su vez, una tropología psicologista como es el discurso posmoderno carece de M_1 y de M_3 , porque, por un lado, reduce la fisicalidad del mundo a un *texto* y, por otro lado, suprime las ideas, a las que ignora o simplemente deroga, para vivir en el impresionismo de la psicología, en la retórica de las ideologías, en la sofística de las creencias, en la memoria de la historia, etc., es decir, en la fenomenología de la caverna¹⁶.

¹⁶ “Es preciso —dice Derrida— que nos pongamos de acuerdo en lo que significa “sobre textos”. Yo estaría de acuerdo a condición de ampliar considerablemente y reelaborar el concepto de *texto*. No pretendo hacer olvidar la especificidad de lo que clásicamente se llama “texto”, algo escrito, en libros o en cintas magnéticas, en formas archivables. Pero me parece que es necesario, y he tratado de mostrar por qué, reestructurar este concepto de texto y generalizarlo sin límite, hasta el punto de no poder seguir oponiendo, como se hace normalmente, bien el texto a la palabra, o bien el texto a una realidad —eso que se denomina “realidad no textual”—. Creo que esa realidad *también* tiene la estructu-

Ninguno de estos tres géneros de materialidad es posible ni factible aisladamente, puesto que están

ra del texto" (palabras de Carmen González-Marín (1986: 163) recogidas en su artículo-entrevista con Derrida). Como puede observarse, la deconstrucción derridiana lo reduce todo a un *texto*. Paupérrima metáfora. La Guerra Civil española es un "texto" en el que murieron un millón de personas. No está mal para una metáfora. La deconstrucción reduce de este modo la gnoseología a una tropología, indudablemente psicologista, en la que las figuras gnoseológicas quedan reducidas a figuras retóricas e ideológicas. Se impone una sofística. Y el mundo —con toda su multiplicidad, heterogeneidad y codeterminación— queda reducido, indudablemente sólo por arte de magia, a un *texto*. La ciencia será una metáfora verbal. Todo es una sintaxis. Todo es forma. No hay referentes ni significados. Todo es ideología. El mundo de las ideas ha desaparecido por arte y gracia de una tropología psicologista. El mundo físico, también: sólo quedan grafías. Nihilismo mágico. La posmodernidad impone una disolución atomista del cosmos, en el que nada está relacionado con nada (se niega la *symploké*). La *crisis* cognitiva es en realidad una *lisis* cognitiva. Se trata de una ruptura de cualesquiera posibilidades de conocimiento. Una ruptura, indudablemente, artificial, ficticia, sintáctica. Porque la realidad, su consistencia y sus posibilidades de relación interpretativa, siguen existiendo para cualquiera capaz de identificarlas y de formularlas en términos científicos y críticos. Todo deconstructivista se comporta, pues, como un geómetra que cree estar trazando una circunferencia cuyo radio es infinito. Para una crítica fundamentada sobre la falacia de la posmo-

en *symploké*, es decir, combinados o conjugados inseparablemente de modo racional y lógico. Excepto para el discurso posmoderno, que insulariza M_2 , del mismo modo que un idealista cree ser capaz de construir un decaedro regular, o de forma comparable a como un bobo puede exigirle al hígado que metabolice proteínas al margen completamente del organismo humano del que forma parte. No se puede pretender que un ojo, después de haber sido extraído de las cuencas oculares y depositado sobre una mesa, continúe viendo lo que le rodea. La posmodernidad puede *imaginar* que el mundo se reduce a la psicología del sujeto posmoderno, sin duda, pero sólo a cambio de convertir al sujeto posmoderno en una criatura que ignora por completo, y por igual, tanto el mundo físico en que vive como las ideas lógicas que lo definen e interpretan. Es así como la posmodernidad proyecta una suerte de *nihilismo mágico* sobre la fisicalidad del mundo (todo es texto) y sobre su construcción crítica y científica (todo es ideología o psicología). En todo caso, semejante pretensión será exclusivamente imaginaria y fideísta, dando lugar a un voluntarismo subjetivo que constata la carencia de todo materialismo objetivo¹⁷.

dernidad, vid. Sokal y Bricmont (1997), Mansilla (1999) y Maestro (2006).

¹⁷ No menos grosero resulta, desde una ontología materialista, el absurdo materialismo de un Siegfried J.

El ser humano no crea nada, sino que construye, manipula, transforma. Hablar de *creación* es un idealismo, en cierto modo equivalente a cualquier forma de *nihilismo*¹⁸. La máxima filosófica según la

Schmidt, al reducir, como he indicado al comienzo de este trabajo, la pluralidad y codeterminación de los materiales literarios a un único y primario género de materialidad (M₁). De hecho, Schmidt reduce ideal e irracionalmente el Mundo interpretado (M_i) a una materialidad exclusivamente física. Su posición es, si cabe, mucho más deficiente que la del más limitado de los discursos posmodernos. El materialismo de Schmidt es propio de un “tercermundismo físico”.

¹⁸ Nada surge de la nada y nada puede reducirse definitivamente a la nada. La materia es principio, causa y consecuencia de todo lo que existe, y la materia, como la energía, ni se crea ni se destruye, sino que simplemente se transforma. Mefistófeles se lo anunció a Fausto muy tempranamente: no hay forma de acabar con la materia. Lástima que posmodernos como el último Barthes (1968) o el eterno Foucault (1969), en sus fantasiosas pretensiones de destruir al autor de obras literarias, no hayan reparado en este pasaje del *Faust*: “Was sich dem Nichts entgegenstellt, / Das Etwas, diese plumpe Welt, / So viel als ich schon unternommen, / Ich wußte nicht ihr beizukommen, / Mit Wellen, Stürmen, Schütteln, Brand— / Geruhig bleibt am Ende Meer und Land! / Und dem verdammten Zeug, der Tier- und Menschenbrut, / Dem ist nun gar nichts anzuhaben” (Goethe, 1808/1996: 48; parte I, vs. 1363-1370). Trad. esp. de José Roviralta (Madrid, Cátedra, 1991: 144): “Lo que se opone a la nada, ese algo, ese mundo grosero,

cual no hay nada en la imaginación que no haya estado previamente en los sentidos sigue vigente (“Nihil est in intellectu quod non prius in sensu”). Los escritores manipulan palabras, categorías, ideas. En la obra de cualquier autor literario un mismo problema referido u objetivado en el texto (M_1) puede tratarse como objeto psicológico (M_2) o como objeto lógico (M_3).

El teórico de la literatura tendrá que aclarar cuestiones básicas de las que parte. ¿Cómo quiere tratar la literatura? Si habla de ficción como algo subjetivo, o posible, y de realidad como algo objetivo, y eficiente, tendrá que poner en juego la epistemología —es la posición de Aristóteles—, pero si habla de construcción literaria (y por tanto de realidad literaria) o de construcción científica (y por tanto también de realidad científica), entonces se verá obligado a asumir respectivamente la perspectiva de la ontología y la gnoseología, abandonando de este modo el espacio epistemológico. No se puede hablar coherentemente de ficción sin definir las categorías por respecto a las cuales vamos a movernos: realidad, mundo, verdad. Asimismo, será indispensable eliminar

por más que lo haya intentado yo, no he podido hacerle mella alguna con oleadas, tormentas, terremotos ni incendios; tranquilos quedan al fin mar y tierra. Y tocante a la maldita materia, semillero de animales y hombres, no hay medio absolutamente de dominarla”.

conceptos como el de *creación* y quedarse con el de *construcción*. En este sentido, el materialismo filosófico se postula como una de las teorías literarias más coherentes y eficaces para interpretar la literatura, ya que al ser constructivista dispone que el acceso a las Ideas pueda ser literario, así como también filosófico. Si el concepto de verdad en que se apoya el materialismo filosófico fuera descriptonista, como lo es la poética de Aristóteles, o adecuacionista, como lo son las poéticas formalistas y estructuralistas, entonces habría que decir que la literatura es verdadera o no, esto es, *verosímil*, según grados de aproximación a una realidad que se considera acrítica y apriorísticamente dada, y eso, como trataré de demostrar, es una falacia epistemológica y una ilusión formalista.

Aquí hablaré de Literatura y de Ficción con respecto a las categorías de Mundo y Realidad. Y no hablaré de la categoría de Verdad en relación con la Literatura, porque la categoría de Verdad sólo es pertinente en el campo gnoseológico de las ciencias categoriales, y la Literatura no es, evidentemente, una ciencia categorial, obligada a constituir un discurso verificable en los hechos de los seres humanos. La Literatura no se puede verificar porque, como sabemos axiomáticamente, está exenta de veridicción. Don Quijote no ha existido nunca. Ni hay *mundo posible* alguno en el que don Quijote tenga la más mínima posibilidad de existir. Si Aristóteles habla de *verosimilitud*,

como apariencia de verdad (*eikós*), es porque define la literatura como el arte que imita (mímesis) la naturaleza mediante el lenguaje¹⁹. Esto,

¹⁹ Tal es el concepto aristotélico de lo que hoy entendemos por literatura: “El arte que imita sólo con el lenguaje, en prosa o en verso, y, en este caso, con versos diferentes combinados entre sí o con un solo género de ellos, carece de nombre hasta ahora. No podríamos, en efecto, aplicar un término común a los mimos de Sofrón y de Jenarco y a los diálogos socráticos, ni a la imitación que pudiera hacerse en trímetros o en versos elegíacos u otros semejantes. Sólo que la gente, asociando al verso la condición de poeta, a unos llama poetas elegíacos y a otros poetas épicos, dándoles el nombre de poetas no por la imitación, sino en común por el verso. En efecto, también a los que exponen en verso algún tema de medicina o de física suelen llamarlos así. Pero nada común hay entre Homero y Empédocles, excepto el verso. Por eso al uno es justo llamarle poeta, pero al otro naturalista más que poeta. Y, de modo semejante, si uno hiciera la imitación mezclando toda clase de versos, como hizo Queremón su *Centauro*, rapsodia compuesta de versos de todo tipo, también había que llamarle poeta. Así, pues, sobre lo que antecede valgan estas distinciones. Pero hay artes que usan todos los medios citados, es decir, ritmo, canto y verso, como la poesía de los ditirambos y la de los nomos, la tragedia y la comedia. y se diferencian en que unas los usan todos al mismo tiempo, y otras, por partes. Éstas son, pues, las diferencias que establezco entre las artes por los medios con que hacen la imitación (Aristóteles, *Poética*, I, 1447a 28 - 1447b 30).

hoy por hoy, y desde hace siglos, es insostenible desde cualquier categoría científica. Entre otras cosas, porque la Naturaleza no existe como término categorial. La Naturaleza no es objeto de ninguna ciencia categorial realmente existente, sino de varias. Y pese a la rotundidad con la que se pronuncian las ciencias y los hechos científicos, son incontables los teóricos de la literatura que, como Cesare Segre o Lubomir Dolezel, siguen hablando de ficción y realidad, de verosimilitud y apariencia, de mundos posibles e irreales y de mundos aparentemente reales pero inexistentes, (con)fundiéndolo todo —todo lo que saben— en una indiscriminada mezcolanza de epistemología, gnoseología, ontología, filología y retórica.

No por casualidad el término griego *eikós*²⁰, tal como lo utiliza Aristóteles en la *Poética*, podría ser aceptado también por un sofista como Gorgias, quien lo usa precisamente para traducir aquellos argumentos y formas de discurso basados no en hechos, sino en posibilidades, es decir, en *verosimilitudes*. En una de sus argumentaciones nucleares del *Encomio de Helena*, Gorgias expone su doctrina sofística sobre el *lógos*, desde el punto de vista del poder y los efectos de la

²⁰ Según Platón (*Fedro* 267a), el introductor de este tipo de argumentos fue el siciliano Tisias, cuya influencia se manifiesta en logógrafos como Tucídides, oradores como Lisias o Isócrates, y sofistas como Gorgias.

palabra. He aquí sus palabras, que vale la pena reproducir en detalle:

La palabra es un poderoso soberano que, con un cuerpo pequeñísimo y completamente invisible, lleva a cabo obras sumamente divinas. Puede, por ejemplo, acabar con el miedo, desterrar la aflicción, producir la alegría o intensificar la compasión [...]. A quienes la escuchan suele invadirles un escalofrío de terror, una compasión desbordante de lágrimas, una aflicción por amor a los dolientes; con ocasión de venturas y desventuras de acciones y personas extrañas, el alma experimenta, por medio de las palabras, una experiencia propia [...]. Los encantamientos inspirados, gracias a las palabras, aportan placer y apartan el dolor. Efectivamente, al confundirse el poder del encantamiento con la opinión del alma, la seduce, persuade y transforma mediante la fascinación. De la fascinación y de la magia se han inventado dos artes, que inducen errores del alma y engaños de la opinión. ¡Cuántos persuadieron —y aún siguen persuadiendo— a tantos y sobre tantas cuestiones, con sólo modelar un discurso falso! Si todos tuvieran recuerdo de todos los acontecimientos pasados, conocimiento de los presentes y previsión de los futuros, la palabra, aun siendo igual, no podría engañar de igual modo. Lo cierto es, por el contrario, que no resulta fácil recordar el pasado ni analizar el presente ni adivinar el futuro. De forma que, en la mayo-

JESÚS G. MAESTRO

ría de las cuestiones, los más tienen a la opinión como consejera del alma. Pero la opinión, que es insegura y está falta de fundamento, envuelve a quienes de ella se sirven en una red de fracasos inseguros y faltos de fundamento²¹.

Gorgias describe aquí los fundamentos de su poética del *lógos*, en virtud de la cual los seres humanos actúan habitualmente guiados por las apariencias y la opinión (*dóxa*). Dado que el conocimiento dóxico no es un conocimiento auténtico (*alétheia*), sino falaz, la palabra (*lógos*) puede actuar sobre él impune y libremente, según las competencias y habilidades del sofista. Sostiene Gorgias que el poder del *lógos* se manifiesta en su capacidad de persuasión en los tribunales de justicia y en la argumentación filosófica, dado que puede hacer aparentes fenómenos invisibles. Su poder es tal que puede considerarse como un narcótico. Las potencias del *lógos* se vertebran a través de la persuasión (*peithóo*), que induce en el oyente una ilusión o engaño (*apátee*). Esta última doctrina es la que fundamenta los argumentos de verosimilitud (*eoikóta*), y su invención se atribuye, como hemos indicado, a Tisias y a Gorgias. De este modo, lo probable —hechos y objetos— merece más atención que lo verdadero, desde el momento en que el poder nuclear del *lógos* reside

²¹ Gorgias, *Encomio de Helena* (AA.VV., 1996: 205-208).

en la capacidad de expresar y provocar probabilidades. La poética gorgiana del *lógos* se basa en el concepto fundamental de *kairós*, o selección del momento apropiado en retórica para la provocación de probabilidades. Es una noción que no pertenecería a la esfera del conocimiento (*alétheia*), sino de la apariencia (*dóxa*). Lo verosímil, y por tanto convincente e incluso plausible, será, pues, una de las cualidades fundamentales de un discurso retóricamente bien concebido, e integrado en una concepción de la retórica que trasciende el género de la oratoria para incluir múltiples categorías y relaciones humanas, entre ellas las que corresponden a la *mímesis* como principio generador del arte.

La idea de ficción en que se apoya la teoría literaria, desde la Antigüedad hasta nuestros días²², no puede sostenerse actualmente sin incurrir en múltiples contradicciones conceptuales y científicas, que hacen imposible su utilización en

²² Excluyo aquí a todas las supuestas teorías literarias posmodernas, pues, desde el momento en que hablo de Ideas, es decir, de un mundo articulado mediante realidades lógicas (M_3 , en términos de materialismo filosófico), no puedo incluir en él nada que tenga que ver con la posmodernidad, cuyo discurso se mueve acriticamente en un mundo de creencias y fenomenologías, de realidades psicológicas e ideológicas (M_2 , en términos de materialismo filosófico). Sobre estas cuestiones, vid. Maestro (2006).

cualquier ejercicio racional y lógico de interpretación literaria.

Desde Aristóteles se considera que la fábula literaria no es, ni puede ser, verdad. Sin embargo, sin ser verdadera, ha de estar, y de hecho está, implicada en la realidad. La fabula literaria —se ha dicho— sólo es convincente si es formalmente verosímil, pues la ficción no es posible sin alguna forma de implicación en el mundo real. La verosimilitud —como el *eikós* griego— se define por una positividad y por una negatividad. El atributo positivo de la verosimilitud es la *apariencia*. Su atributo negativo, la *elipsis*. La apariencia lo es de *verdad*, la elipsis lo es de *falsedad*. De este modo, la verosimilitud es apariencia de verdad en la cual se elide todo signo de falsedad, todo síntoma capaz de cuestionar la autenticidad de lo que se expone. Lo verosímil no será, pues, no podrá ser nunca, ni verdadero ni falso. Lo verosímil se sustrae de este modo a la verdad mediante la apariencia de lo convincente y a la falsedad mediante la elipsis de lo inconveniente. La verosimilitud es siempre resultado de una alianza entre la sofística y el mito, es decir, entre la retórica y la poética. Ahora bien, esta *alianza*, genesiaca de la literatura, está destinada a impactar en la Realidad, es decir, en un *espacio antropológico*, no en la Verdad, que —concepto lógico y filosófico, o axiomático y científico— pertenece a un *espacio gnoseológico*.

Es, por otro lado, evidente que si la literatura no tuviera consecuencias reales, no exigiría la

atención de los moralistas de antaño (desde Platón hasta los Santos Padres) y de los moralistas de hogaño (feministas y demás fuerzas dogmáticas de “corrección política”). El núcleo de la mentira poética es, pues, la verosimilitud, es decir, la apariencia de verdad que, exenta de signos falaces, *impacta* contra la realidad del espacio antropológico. Sucede que algo así implica reconocer que la literatura nunca es letra muerta, es decir, que forma parte esencial de la realidad humana. No conviene confundir el discurso literario con el discurso de la crítica literaria, es decir, por ejemplo, a Cervantes con los cervantistas. La crítica literaria es un discurso con fecha de caducidad. Su fin irremediable es la obsolescencia. La literatura, irónicamente, sobrevive a todas sus interpretaciones. Una suerte de antropofagia caracteriza la interacción de la literatura respecto a los discursos críticos que tratan de interpretarla²³.

Sucede además que la ficción es casi siempre mucho más atractiva que la realidad. Y desde luego mucho más coherente, pues toda ficción exige siempre que se cumplan sus ilusiones²⁴. Por

²³ Sobre la crítica literaria como discurso obsolecente, vid. Maestro (2002a).

²⁴ G. Almansi (1975/1996: 56) considera que uno de los placeres del lector está en “disfrutar de cómo la palabra transforma los peores vicios en las virtudes opuestas, los pecadores endurecidos en santos venerados, en

JESÚS G. MAESTRO

eso el lector de una novela como *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros* no puede asumir que Campuzano mienta. La convicción de la literatura se impone sobre la realidad de la vida, del mismo modo que la credulidad del lector salvaguarda la legitimidad de la fábula literaria. La siguiente cita de Molho, sobre una de las cuestiones nucleares del *Coloquio*, es de especial relevancia en este contexto:

El debate que se abre es deliberadamente paródico: sin abandonar la formalidad que requieren las disputas de escuela, se juega a la vez con la lógica y con el paralogismo. Ya se sabe que Berganza inclina primero a dar fe a las palabras de la Cañizares: así quedaría explicado el don de habla de que gozan los perros. ¿Hay cosa más natu-

gozar de esa sensación de falsedad absoluta, saboreando una a una las noticias falaces, cuya falsedad garantizada y genuina contrastamos con el esquema de la realidad". Aunque Almansi escribe estas palabras a propósito del cuento de Cepparello, la narración que se sitúa al principio del *Decamerone*, adquiriendo así cierto estatuto de "manifiesto" del autor, sus contenidos son perfectamente aplicables al lector contemporáneo de prensa escrita, al espectador, incluso, de los medios de comunicación masiva. Cuando el lector de obras literarias se mueve inducido por un idealismo metafísico, espera siempre que su historia personal coincida con la del Universo.

ral para un hombre que el hablar? La argumentación es inoperante, ya que consiste en justificar un fenómeno considerado como sobrenatural recurriendo a lo sobrenatural superior: razonamiento de tautología, y por ende vicioso (Molho, 1970/2005: 278)²⁵.

El casamiento engañoso es una provocación de la lógica. Contiene además una concepción de lo que ha de ser la ficción literaria en que se basa *El coloquio de los perros*. Es una especulación lógica sobre las condiciones de existencia de la ficción y la fábula literarias. La verosimilitud se impone

²⁵ Adviértase, de paso, que en el *Quijote*, la perspectiva de la locura es generadora de error. Las experiencias del protagonista loco, sobre todo en la primera parte, son falsificaciones de la verdad. En la segunda parte, especialmente tras el encuentro y estancia con los duques, el lector asiste a pruebas de sinrazón que son verdades contrahechas. El error, escribe Molho (1983/2005: 302) a este respecto, “está en no cuidar del fundamento de la verdad, a saber, que no hay encantadores, caballos mágicos ni gobiernos para escuderos fieles, o en el caso del Alférez, que de ninguna manera puede ser una pecadora una Perfecta Casada”. Estamos ante el hechizo de una ficción rigurosamente verídica, una especie de fideísmo racionalista. Incluso en el caso de obras como *El coloquio de los perros*, no faltan críticos dispuestos a acudir, para explicarse lo imposible, a una imposibilidad superior. Se incurre así en un idealismo racionalista, es decir, en una lógica tan coherente como contraria a la verdad.

JESÚS G. MAESTRO

formalmente. Es un criterio formal constitutivo de verdad. De este modo la verosimilitud de una fábula se impone a la verdad de unos hechos. Se ha hablado en estos casos de pacto²⁶, entre autor y lector, entre texto y lector, entre narrador y narratario, entre autor implícito y lector explícito (o a la inversa), etc. Un pacto ideal entre figuras retóricas dotadas de entusiasmo propio, protoficciones ideadas por la crítica formalista, fenomenológica y teológica de la literatura, que cualquier apelación gnoseológica a la realidad humana y a la realidad literaria tritura sin contemplaciones.

²⁶ Pozuelo Yvancos (1978) ha dedicado un trabajo precisamente a estas cuestiones, en relación con *El coloquio de los perros*. Sin embargo, cabe preguntarse, ¿de qué pacto hablamos cuando hablamos de un pacto atribuido imaginariamente a figuras retóricas ideadas por las corrientes más idealistas de la interpretación teórica de la literatura, cuyos referentes son metafísicos y teológicos, ilusas invenciones del formalismo, a los que se atribuye una hipóstasis trascendente, mediante emparejamientos ultraficticios como narrador y narratario, autor implícito y lector implícito, lector modelo o lector ideal, etc.? Sólo en un marco conceptual metafísico se puede hablar en tales términos. No estamos aquí en el contexto de una Teoría de la Literatura, sino de una Teología de la Literatura, que es en lo que han acabado casi todos los posestructuralismos: en la hipóstasis de sí mismos. Y ahí siguen, al margen de toda realidad y materialidad literaria.

2

ONTOLOGÍA MATERIALISTA: EL SER ES MATERIAL (O NO ES)

Lo falso en el pensamiento y en los discursos no es otra cosa que juzgar o afirmar el no-ser [...]. Y cuando existe lo falso, existe el engaño [...]. Y cuando existe el engaño todo se llena necesariamente de imágenes, de figuras y de apariencias (Platón, Sofista, 260c).

El *Ser*, o es material, o no es. En lugar de *Ser*, término saturado de connotaciones metafísicas y espiritualistas, el materialismo filosófico habla, específicamente, de *Materia*. La ontología materialista (Bueno, 1972) distingue dos planos: 1) el de la *Ontología General*, cuyo contenido es la “materia indeterminada” (M), la materia en sí, o materia prima en sentido absoluto, como *materialidad* que desborda todo contexto categorial y se constituye en materialidad trascendental; y 2) el de la *Ontología Especial*, cuyo contenido es la “materia determinada”, es decir, la materia manipulada, transformada, roturada en las diferentes parcelas y campos categoriales

JESÚS G. MAESTRO

de la actividad humana (M_i). En primer lugar, la Ontología General (M) corresponde a la Idea de Materia Ontológico General, definida como pluralidad, exterioridad e indeterminación. La Ontología General (M) es una pluralidad infinita, y desde ella el materialismo filosófico niega tanto el monismo metafísico (inherente al Cristianismo y al Marxismo) como el holismo armonista (propio de las ideologías panfilistas, entregadas al diálogo, el entendimiento y entretenimiento universales, la paz perpetua o la alianza de las civilizaciones). En segundo lugar, la Ontología Especial es una realidad positiva constituida por tres géneros de materialidad, en que se organiza el Mundo interpretado (M_i) por el ser humano, es decir, el Campo de Variabilidad Empírico Trascendental del Mundo²⁷.

$$M_i = M_1, M_2, M_3$$

²⁷ La arquitectura trimembre de la Ontología Especial mantiene una estrecha correspondencia con la estructura ternaria del eje sintáctico del espacio gnoseológico, cuyos sectores son los *términos* de las ciencias (realidades físicas), las *operaciones* que ejecutan los sujetos gnoseológicos (realidades fenomenológicas), y las *relaciones* que permiten a los sujetos operatorios la manipulación de los términos, de acuerdo con criterios sistemáticos, normativos, estructurales, preceptivos, legales, etc. (relaciones lógicas).

El primer género de materialidad (M_1) está constituido por los objetos del mundo físico (rocas, organismos, satélites, bombas atómicas, mesas, sillas...); comprende materialidades físicas, de orden objetivo (las dadas en el espacio y en el tiempo). El segundo género de materialidad (M_2) está constituido por todos los fenómenos de la vida interior (etológica, psicológica, histórica...) explicados materialmente (celos, miedo, orgullo, fe, amor, ambición, pacifismo...); comprende materialidades de orden subjetivo (las dadas antes en una dimensión temporal que espacial). El tercer género de materialidad (M_3) está constituido por los objetos lógicos, abstractos, teóricos (los números primos, la *langue* de Saussure, las teorías morales contenidas en el imperativo categórico de Kant, los referentes jurídicos, las leyes, las instituciones...); comprende materialidades de orden lógico (las que no se sitúan en un lugar o tiempo propios). Estos tres géneros de materialidad son heterogéneos e incommensurables entre sí (Bueno, 1990). Son también coexistentes, ninguno va antes que otro y ninguno se da sin el otro: se co-determinan de forma mutua y constante, y ninguno de ellos es reducible a los otros.

Los tres géneros de materialidad se dan siempre en *symploké*, con lo cual, uno no se puede dar sin los otros. Lo contrario sería incurrir en un formalismo idealista. Ahora bien, no basta una clasificación de la literatura, o de sus figuras, que se

limite exclusivamente a una ontología. Y no porque sea posible prescindir de la ontología, sino —todo lo contrario— porque debemos presuponerla. La literatura es una construcción que elaboran sujetos operatorios, y por tanto sólo a partir de ellos pueden interpretarse los materiales de la literatura. El riesgo que conlleva el uso excluyente de una distinción ontológica es el que puede hacernos perder de vista a los sujetos operatorios que la hacen posible, al quedar éstos embebidos por una concepción ontológica que desplace a su intérprete hacia el formalismo más idealista. Es lo que ha sucedido en la teoría literaria a lo largo del siglo XX, desde la estilística idealista hasta la falacia de la posmodernidad.

La ontología del materialismo filosófico supone y necesita siempre de las operaciones de un sujeto. ¿Qué quiere decir esto en términos filosóficos? Pues que el Mundo solo tiene sentido considerado por referencia al sujeto que lo manipula, estudia, categoriza, piensa, transforma... La ontología no equivale automáticamente a la suma de los contenidos materiales del Mundo (M). La ontología —al menos la ontología materialista— es nuestra organización filosófica de los contenidos materiales del Mundo, esto es, del Mundo categorizado, o Mundo interpretado (M_i), de modo que lo que el ser humano ha logrado organizar o categorizar del Mundo (M) es el Mundo interpretado (M_i), es decir, el mundo categorizado según los tres géneros de

materialidad que he señalado (M_1, M_2, M_3). M es lo que aún se nos escapa. M es aquello que los seres humanos aún no han logrado interpretar. En la naturaleza, por ejemplo, hay cuestiones materiales que pertenecen a M porque M_i no representa el mundo físico, sino que representa el mundo físico que, como sujetos operatorios, hemos podido manipular, entender, explicar. El comienzo del Universo, por ejemplo, se ha intentado explicar mediante teorías físicas, que el materialismo filosófico se resiste a considerar científicas, porque si lo fueran, el origen del Universo no pertenecería a M , sino a M_i , es decir, no pertenecería al mundo ignorado, sino al mundo categorizado e interpretado. No puede considerarse como científico lo que se ocupa de aquello que aún no ha sido categorizado o estudiado científicamente. Lo único que es posible hacer a este respecto se limita a inventariar estas cuestiones como algo que, con los medios de que actualmente se dispone, el ser humano no puede esclarecer (Bueno, 1990b). Es absurdo, por ejemplo, aplicar la categoría de tiempo al estudio del comienzo Universo, ya que el tiempo es una categoría de M_i , y no de M , es decir, es una categoría del mundo conocido, no del mundo ignorado.

Estos son los criterios ontológicos del materialismo filosófico, cuyo sistema de coordenadas puede traducir a sus propios términos el núcleo esencial de la filosofía clásica. Para el

materialismo filosófico la literatura no es en absoluto un mundo posible²⁸. Semejante declaración sólo puede interpretarse como una ridiculez. Ni don Quijote, ni Ulises, ni Robinson, ni Julien Sorel, ni Dante en los Infiernos, ni el príncipe Hamlet han pertenecido ni pertenecerán jamás a ningún mundo que tenga la más mínima *posibilidad* de existir.

La teoría de los mundos posibles define la existencia de don Quijote por su existencia potencial en un mundo irreal. Es decir, reduce a la nada cualquier construcción material desposeída de existencia operatoria. La existencia de Don Quijote hay que explicarla desde el mundo que hace posible su construcción y su interpretación, es decir, a partir del mundo en que vivimos, del mundo en que *existimos operatoriamente*. La teoría de los mundos posibles sitúa a sus artífices y seguidores en un callejón sin salida, al enfrentarse de forma inevitable con un problema que no pueden resolver: la cuestión de la existencia. Los trabajos de Dolezel son incapaces de explicar la existencia no operatoria de este tipo de entidades y referentes literarios, los denominados entes

²⁸ Desde el materialismo filosófico, el libro de Dolezel titulado *Heterocósmica* (1998), con justicia poco citado y reseñado en trabajos de calidad escritos en lengua española, sólo puede interpretarse como una retórica de la ficción o un escrito de teología literaria.

de ficción, porque se enfrentan a ellas como a realidades virtuales o fantasmagóricas, al discriminar entre existencias necesarias (como Dios, por ejemplo) y existencias contingentes (como los seres humanos de carne y hueso). Estas clasificaciones no resisten la menor crítica, desde el momento en que el materialismo filosófico ni siquiera acepta racionalmente la validez de la noción de existencia necesaria. Literalmente, el concepto de mundo posible se usa para establecer la noción de posibilidad de un objeto en la medida en que su existencia resulta definida como aquello que es susceptible de existir en al menos un mundo posible. La concepción monadológica del espíritu, que encuentra en Leibniz (1714) un punto de inflexión decisivo en la historia del pensamiento occidental, es de larga tradición. En *De Veritate*, Tomás de Aquino ya describe en términos monadológicos la *perfección* del cognoscente, como espíritu que *posee* de alguna manera en sí mismo aquello que conoce, siendo así posible que en una mónada particular exista la perfección del universo entero. En Leibniz, sin embargo, este concepto se transforma sensiblemente al extenderse a todos los seres del universo monadológico, no sólo estableciendo grados, sino también disolviendo la dicotomía tradicional entre cuerpo y espíritu, entre animales y seres humanos, disponiendo de este modo las concepciones evolucionistas. Incluso podría decirse que ya habría precedentes de una teoría

de los mundos posibles en las homeomerías de Anaxágoras, de cuya restricción habría surgido el concepto de *perfección* tomista. En última instancia, en términos de Leibniz, todo "mundo posible", como universo monadológico, exige la tesis de que Dios existe como mónada suprema. El uso que Dolezel hace de la filosofía de Leibniz no resulta ser sino una topología metafísica aplicada formalmente a una realidad literaria en sí misma inexistente. Sucede que la existencia no puede plantearse en términos de posibilidad, sino en términos de génesis o de estructura, y sólo en éste último caso podrá tener lugar en condiciones de operatividad (los seres humanos) o de no operatividad (los personajes literarios). En el materialismo filosófico, la posibilidad recibe el mismo tratamiento que la existencia: no se trata de la posibilidad, sino de su reconstrucción en términos de *composibilidad*, es decir, que la posibilidad remite a 1) un concepto u objeto, 2) las operaciones de las cuales se obtiene, y 3) un contexto de términos enclasados o estructurados. De este modo, un objeto es posible sólo si es susceptible de ser obtenido a partir de las operaciones entre términos compatibles, es decir, *composibles*, en un contexto dado. Si queremos examinar la posibilidad de un determinado objeto tendremos que examinar los elementos que lo componen y las operaciones de las que resulta, es decir, aquello que lo ha hecho ontológicamente posible. En este sentido, la posibilidad requiere

ausencia de contradicción (de contradicción entre los términos que dan lugar a un objeto cuando operamos con ellos: no se trata de una noción meramente lógica, gramatical o lingüística de contradicción, sino de una noción operacional, dado que la contradicción operatoria se da entre términos que no son compatibles a la hora de operar con ellos). Es el caso del círculo cuadrado: no es posible porque los términos con los que debemos operar para obtener ese objeto son incompatibles (el círculo y el cuadrado) entre sí. No hace falta, pues, apelar a mundos posibles para decidir sobre la posibilidad, ya que ésta es cuestión de operaciones con términos. Si las operaciones son posibles, los objetos resultantes también lo son, y si los términos son incompatibles, las operaciones no son posibles, es decir, no es posible la composición, por lo que el objeto, en consecuencia, es imposible. Adviértase, por otra parte, que ningún objeto es posible por sí mismo, sino sólo y siempre en relación con las operaciones de las que se obtiene o resulta: no hay objetos simples, porque todos son resultados de construcciones y todos son susceptibles de descomponerse en operaciones y términos más simples. En consecuencia, esta noción de posibilidad es válida y operativa para todos los objetos. Además, como es obvio para cualquier racionalista, nada existe por sí mismo, sino que *coexiste* en distintos contextos. La teoría de los mundos posibles es topología metafísica.

Para el materialismo filosófico la literatura es un *discurso sobre el mundo real y efectivamente existente*, que exige ser interpretado *desde el presente* y a partir de la singularidad de las *formas estéticas* en que se *objetivan textualmente los referentes materiales de sus ideas y contenidos lógicos*. Toda interpretación literaria ha de estar implantada en el presente, porque la literatura no es una arqueología de las formas verbales, y aún menos la fosilización de un mundo pretérito y concluido. La lectura y la interpretación literarias no son en absoluto los instrumentos de una autopsia. A su vez, la singularidad de las formas estéticas en que se objetiva el hecho literario hace de la Filología una ciencia inexcusable para cualquier pretensión interpretativa, de la que el materialismo filosófico no puede prescindir. La teoría literaria fundamentada en el materialismo filosófico se construye sobre los criterios de la Filología y de la Filosofía, y toma como núcleo de sus interpretaciones los que considera contenidos materiales de la investigación literaria: *las ideas objetivas referidas formalmente en los materiales literarios*. El núcleo de toda interpretación literaria reside en última instancia en el análisis objetivo de las ideas expresadas formalmente en sus tres géneros de materialidad (física, fenomenológica y lógica), es decir, en la interpretación de las Ideas contenidas y expresadas material y formalmente en las obras literarias. Esto ha de ser así necesariamente porque los referentes materiales y for-

males de la literatura se sitúan en el mundo real. No son una posibilidad, son una realidad. Y una realidad necesaria, porque pertenecen al mundo de los *hechos*. Su combinatoria formal sin duda da lugar a una fábula, a una invención, a una ficción, pero como tales referentes, como materiales en sí mismos considerados, *son reales* más allá de la literatura y *existen real y efectivamente* en el Mundo, es decir, específicamente, en el Campo de Variabilidad Empírico Trascendental del Mundo o *Mundo interpretado* (M_i). El materialismo filosófico como teoría literaria estudia la realidad tal como está formalizada y construida filológica y semiológicamente en términos literarios, es decir, interpreta la *realidad* de la Literatura, cuyo referente es la realidad humana, y lo hace desde la organización filosófica de las ideas, esto es, desde criterios racionales, lógicos y dialécticos. Por eso es completamente cierto y coherente afirmar que la literatura está hecha de realidades y de ideas que la contienen, expresan e interpretan. Si no sucediera así no sabríamos a qué se refiere una obra literaria, ni de qué nos habla, ni siquiera sabríamos decir cuáles son sus contenidos. La ficción no existe sin alguna forma de implicación en la realidad. La literatura, de hecho, no existe al margen de la realidad. La literatura nace de la realidad y nadie ajeno a la realidad puede escribir obras literarias ni interpretarlas. La literatura no es posible en un mundo *meramente* posible. Muy al contrario, la literatura

sólo es factible en un mundo real, como construcción y como interpretación. Los materiales de la literatura son reales o *no* son. Los referentes literarios remiten siempre a un mundo real y efectivo. Estos referentes siempre pertenecen a uno, o a varios, de los tres géneros de materialidad (M_1 , M_2 , M_3) que constituyen la *ontología especial* (M_1), es decir, las innumerables realidades positivas —nunca posibles o imaginarias, sino reales— que constituyen la heterogeneidad e inconmensurabilidad del Mundo categorizado en que vivimos. El materialismo filosófico organiza los contenidos materiales, positivos, del Mundo interpretado en diferentes campos de variabilidad empírico-trascendental, dispuestos a su vez en los tres antemencionados géneros de materialidad (M_1 , M_2 , M_3). Don Quijote es un ente de ficción, es decir, es una *materia de ficción*, una materia verbal —una materia literaria que puede ser estudiada conceptualmente—, pero su cabeza, su tronco y sus extremidades, como su adarga y su caballo, como su ama y su sobrina, remiten respectivamente no sólo al primer género de materialidad, en el que nosotros, seres humanos de carne y hueso, reconocemos y comprobamos la existencia real y efectiva de nuestra cabeza, tronco y extremidades, sino que también remiten al segundo y al tercer género de materialidad, a los que pertenecen, respectivamente, la locura y la fama (M_2), por ejemplo, y las ejecutorias de hidalguía o el decreto de expulsión de los moris-

cos (M_3), referentes materiales imprescindibles todos ellos en la interpretación del *Quijote*. Todas las obras literarias de Cervantes conducen inevitablemente al lector al tercer género de materialidad, el constituido por la ideas y los *objetos lógicos*, y dentro de él se exige al intérprete reflexionar críticamente sobre sus contenidos, desde criterios rigurosamente racionales y lógicos. La originalidad de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, por ejemplo, desde el punto de vista de las exigencias críticas a que nos conduce y obliga el autor —que no el narrador, quien es una mera creación autorial— dentro del mundo de los objetos lógicos (M_3), radica en el antropomorfismo del mundo contenido en sus formas literarias. En las *Novelas ejemplares* de Cervantes el espacio antropológico queda reducido al eje circular, es decir, al mundo de las relaciones que mantienen los seres humanos consigo mismos, al margen completamente del eje angular (los referentes numinosos como realidades religiosas vivas) y del eje radial (los objetos de la naturaleza como protagonistas de los hechos narrados). No hay dioses, sino *teoplasmas*, esto es, manifestaciones inertes de divinidades estériles; no hay creencias naturales, sino religiones dogmáticas o teológicas (religiones terciarias); no hay realidades numinosas vivas, ni siquiera bajo la forma de mitos zoomorfos, como sí sucederá lúdicamente en el *Persiles*; no hay en las *Ejemplares* una mitificación de la Naturaleza, ni siquiera una mínima

idealización, lejos ya de las utopías renacentistas postuladas en la crisálida de *La Galatea* o en el incipiente barroquismo del primer *Quijote*; no hay tampoco mitos andromorfos que, al modo del *Viaje del Parnaso*, rehabiliten el delirio mitológico del paganismo clásico. En las *Ejemplares* sólo habitan el Hombre y la Mujer, frente a sí mismos. Sin dioses, sin paraísos ideales, sin ángeles custodios, y siempre a merced de los elementos más terrenalmente materiales. Ésa es la gran y singular lección de las *Novelas ejemplares* en el conjunto de la creación literaria cervantina: la cúspide del *antropomorfismo* psicologista y fenomenológico (M_2) en su relación crítica con los objetos lógicos (M_3) y su materialización en las formas literarias de la narrativa aurisecular (M_1). Ése es el Cervantes de las *Ejemplares*. Un Cervantes *único* en el conjunto de su creación literaria.

Al considerar que la ficción se construye ontológicamente a partir de materiales contenidos en el Mundo interpretado (M_i) por los seres humanos, esto es, en M_1 , M_2 y M_3 , y relacionados en *symploké*²⁹, el materialismo filosófico se opone a toda argumentación que pretenda determinar formalmente, y de forma exclusiva y excluyente, la Idea de Ficción en cualquiera de los tres géne-

²⁹ M_i implica ya la Idea de *Symploké* (Platón, *Sofista*, 259e) en el sistema del materialismo filosófico.

ros de materialidad efectiva y operatoriamente existentes.

Incurren en un *formalismo primario* todos aquellos autores que reducen la ficción a M_1 , es decir, al mundo de los objetos físicos. La fórmula que resume el ideal de este formalismo primario sería “el mundo es un engaño”. La cosas no son lo que parecen, los objetos “nos engañan”, el mundo en que vivimos es una apariencia, un sueño, un embuste. El mundo sería “el gran teatro del mundo”. Es la visión cósmica y moralista del escepticismo griego y romano, del medievalismo europeo —incluso en sus perseverancias dentro de cierto humanismo renacentista (*Farsa del Mundo y Moral* de Yanguas)—, y del barroco hispánico, tal como se expresa en buena parte de la escritura cervantina (“es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño” (*Quijote*, II, 11: 714)), de la literatura quevedesca (*Sueños*, 1625), o del teatro calderoniano (*La vida es sueño*, 1635). Quienes suscriben este formalismo primario sostienen que el mundo físico está lleno de apariencias, y concluyen en postular, bien un desenlace nihilista (tras la apariencia no hay nada), bien un postulado religioso y trascendente (más allá de este mundo físico hay un tras-mundo, metafísico y celeste, donde veremos a un dios cara a cara y captaremos así la verdad que nos redime de las ficciones terrestres en que estábamos inmersos). Sucede, sin embargo, que los objetos físicos sólo se interpretan como ficciones

cuando, o bien hay algo en ellos que, por alguna razón (M_3), no nos satisface plenamente, o bien hay algo en nosotros que, por algún impulso psicológico o fenomenológico (M_2), nos obliga a “ver” lo que no “hay”. El primer caso es el de la fábula en que la zorra, ante unas uvas inaccesibles, declara que están verdes; el segundo caso es el del espejismo en el desierto. Ambos son un autoengaño, es decir, un engaño generado por el propio sujeto. El uno, provocado por la impotencia física y consentido por la consciencia racional; el otro, acaso involuntario e inevitable, tiene como causa una necesidad corporal y una demencia sensorial. De cualquier modo, la ficción a la que remite el espejismo no es sólo algo puramente fisicalista: lo que hace ver el agua inexistente en el desierto no es el mundo físico (M_1), sino la consciencia del sujeto (M_2), cuya subjetividad capta el fenómeno. Prueba de que la fenomenología (M_2) y el conocimiento científico (M_3) son inseparables del mundo físico, e inseparables entre sí (aunque los tres sean dissociables), es que si un sujeto conoce —por experiencia— el fenómeno espejismo, lo reinterpretará de otro modo (M_2), y que si conoce las leyes de la óptica (M_3), lo explicará científicamente. En nuestros días, la única teoría de la literatura que sostiene un concepto de ficción limitado a un formalismo primario es la desarrollada por Siegfried J. Schmidt (1980a, 1984), cuyo materialismo, como he indicado al comien-

zo de este opúsculo, es de un simplismo grosero y por completo inconsistente, al incurrir, desde el punto de vista de cualquier filosofía *verdaderamente* materialista, en un formalismo idealista.

Por su parte, el *formalismo secundario* fue sistematizado en términos epistemológicos (objeto / sujeto) por Aristóteles, y asumido acríticamente, a partir del texto y los comentarios de la *Poética*, por toda la teoría literaria occidental. Es el formalismo que reduce la ficción a M_2 , es decir, el que considera que es ficción todo lo que no existe objetivamente fuera de la conciencia del sujeto. En consecuencia, la literatura se convierte en el discurso ficticio por excelencia, frente a la realidad objetiva de los referentes históricos (lo cual es un ilusión epistemológica), y frente a la afabulación estética de artes como la música o de géneros literarios como la lírica (lo cual es nuevamente una falacia formalista)³⁰.

Por su parte, el *formalismo terciario* es el que reduce la ficción a M_3 : las formas del conocimiento, es decir, la formas a través de las cuales el conocimiento, las ideas y los conceptos, se articulan y organizan de forma sistemática, mediante los saberes críticos y las ciencias categoriales, son

³⁰ El punto 3 de este opúsculo está dedicado específicamente a una crítica de este *formalismo secundario* —de raíces aristotélicas—, desde los presupuestos del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea.

ficciones. Cabe distinguir dos facetas o vertientes en el desarrollo de este formalismo terciario: la orientación confesional o anti-racionalista y la orientación lógica o racionalista.

El formalismo terciario de orden confesional o anti-racionalista considera que la ficción es un producto de la razón, es decir, que las ciencias y los saberes críticos son en sí mismos ficciones puras. La ficción sería de este modo un producto de la racionalidad desarrollada a expensas de la fe, alejada de la mano de dios, y producto, en suma, de fuerzas malignas. Casi todos los fundamentalismos religiosos (cristianos, musulmanes, judíos...), o de cualquier índole, afirman dogmáticamente que el ejercicio de la racionalidad lleva a los seres humanos a idear ficciones tales como la evolución a partir de los primates. Quienes afirman que la verdad que alcanza el ejercicio racionalista es aparente se mueven precisamente en este tipo de formalismo: creen en sus propias falacias imaginarias (creacionismo mágico) a la vez que niegan las evidencias del conocimiento científico y racional (nihilismo mágico). Es el caso del creacionismo cristiano que niega el evolucionismo darwinista, y el caso también del discurso bartheano y foucaulteano, y de la posmodernidad en general, cuando considera que el *autor* de obras literarias "ha muerto" o es simplemente una ficción, como puede serlo el unicornio, el dios de la ontoteología o un haz de rayos ultravioleta para alguien que desconozca las leyes de

la física. La posmodernidad reduce a una ficción el mundo físico y el mundo lógico para quedarse exclusivamente en la vivencia de las psicologías, las inquietudes de lo fenoménico y la experiencia de lo ideológico. Así es como la posmodernidad se convierte en el negativo fotográfico de un mundo que ha dejado de percibir lo óptico (M_1) y lo lógico (M_3) para residir en la apariencia de las sombras y en la fenomenología de la caverna. La posmodernidad es —en términos platónicos— un discurso propio de cavernícolas (Platón, *República*, VII). Aunque tratan de parecerlo, las teorías teológicas no son racionales, sino que se basan en lo que se denominarán *principios sedicentes supraracionales*, es decir, en postulados fideístas anti-racionales (principios de fe *praeter racionales*) que exigen cortar toda posibilidad de relación racional con teorías científicas o filosóficas. La teología no pretende interpretar la fe a través de la razón, y aún menos reducir la fe a la razón, sino que, muy al contrario, lo que pretende es manipular la razón para mostrar hasta qué punto los dogmas de fe la rebasan o trascienden, instaurando estos dogmas de fe por encima de cualesquiera verdades propias de la razón humana. La posmodernidad, al hipostasiar el mundo fenoménico (M_2), se comporta del mismo modo que el cristianismo al hipostasiar el mundo suprasensible: ambos discursos, el posmoderno y el cristiano, se articulan en una Teología. El dios del primero es la tropología psicologista de cada individuo, al que se le

adjudica un trono jupiterino para su propia visión fenomenológica y dogmática del cosmos, con objeto de que no dé cuenta de ella a ninguna ciencia o saber crítico; el dios del segundo es el Dios codificado de acuerdo con la filosofía confesional (Teología) del Vaticano³¹.

El formalismo terciario de orden lógico o racionalista es el que considera que las formas en las que se objetivan las ideas y el conocimiento científico son "ficciones explicativas"³². La ciencia

³¹ Actualmente, este Dios corresponde a la figura del Dios de las religiones terciarias (Bueno, 1985), en el que se acumulan una serie de atributos incommensurables e indefinidos, es decir, nada (inmutabilidad, inmanencia, eternidad, infinitud, incommensurabilidad...)

³² Es la argumentación que expone Bunge: "La ciencia está llena de ficciones. Por lo pronto, todos los objetos matemáticos son ficticios. ¿Qué otra cosa son los números en sí, a diferencia de la población de un lugar? ¿Qué sino ficciones son los puntos y las líneas, los conjuntos y las funciones, las estructuras algebraicas y los espacios funcionales? [...]. En ciencia se utilizan, además de conceptos matemáticos, ficciones descaradas. Por ejemplo, el físico habla de rayos luminosos sin espesor y de imágenes virtuales, de átomos aislados del resto del universo y de universos de densidad igual en todas partes. El biólogo suele fingir que todos los individuos de una especie son iguales, y el psicólogo suele imaginar procesos mentales que no son idénticos a procesos cerebrales. El sociólogo hace a menudo cuenta de que los grupos sociales que estudia no son influidos por la

sería de este modo una ficción expositiva del mundo (descriptivismo), o una ficción capaz de reproducir o contener en sus formas la estructura constituyente del mundo (adecuacionismo). Desde este punto de vista, las formas del conocimiento serían referentes estructurales que carecen de existencia, es decir, *de contenido lógico o científico*, fuera del sistema, estructura o categoría, en que el que están insertos y dentro del cual son concebidos. Esta postura, sin embargo, propia, entre otros casos, del teoreticismo de Popper, no advierte que las formas sistemáticas del conoci-

política, y el economista inventa mercados en equilibrio" (Bunge, 1987: 49-50). Se observará que Bunge insiste de forma recurrente en una idea dominante, y es que las *ideas* tienen propiedades lógicas y semánticas, no físicas. Quiere esto decir que una proposición puede ser contradictoria o falsa, mientras que un río o una cucharada de azúcar no pueden ser ni lo uno ni lo otro. Lo objetable es que "esto" también quiere decir que Bunge ha perdido de vista M_1 , es decir, que en su explicación de las ideas (M_3), ha perdido de vista el mundo físico (M_1). En este punto sigo recomendando la lectura del *Fausto*. El nihilista Mefistófeles (vid. nota 18), muy modestamente, advierte que la materia es indestructible (Goethe, *Faust*, I, vs. 1363-1370). Convendría que algunos formalistas —los que niegan la materialidad física del mundo (M_1), y sobre todo los que niegan la materialidad lógica de la literatura (M_3)— leyeran ese pasaje.

miento poseen una *existencia estructural*, la cual no es operatoria fuera de la estructura a la que genuinamente pertenecen. Coinciden en este punto con las denominadas "ficciones literarias", cuya materialidad carece de existencia operatoria fuera de los límites formales del texto literario que las expresa y contiene. El endecasílabo es un término que pertenece a la categoría de la métrica, dentro de la cual es operativo, y fuera de ella "no existe" como tal, es decir, "no funciona" realmente. No cabe hablar del endecasílabo como una de las cualidades químicas del benceno. El concepto de endecasílabo es una ficción fuera de las leyes de la métrica, cuyos contenidos reales son los que corresponden a un determinado tipo de literatura y de obras poéticas que utilizan este verso, analizable precisamente como tal en virtud de su existencia lógica o estructural como concepto: verso de once sílabas métricas.

Desde el momento en que la Historia no se explica sólo con palabras, sino con *pruebas históricas*, los hechos no se explican sólo con el lenguaje. Del mismo modo, la literatura no puede explicarse meramente a través de palabras, es decir, sólo con el lenguaje, porque los referentes materiales de la literatura son *referentes reales*. La materia referida formalmente en la literatura es materia real o *no* es. El amor, los celos, el honor, la guerra, la religión, la ciudad sitiada, la ejecutoria de hidalguía, la expulsión de los moriscos, Roma, Argel, Numancia, Constantinopla, la libertad y el

cautiverio, las ventas y los mesones, la Inquisición y la Reforma, los rosarios de cuentas sonadoras, los pícaros y las cárceles, los avispones y los renegados, los delatores y los judíos, los locos y las damas "de todo rumbo y manejo", los soldados fanfarrones y los milites cercenados, los rufianes y los curas, las brujas y las alcahuetas, y hasta los perros más andromorfos o los más comunes animales, todos, absolutamente todos, son referentes reales (M_1) cuya materialización y fenomenología literaria (M_2) puede y debe analizarse mediante conceptos científicos e ideas filosóficas (M_3), desde el momento en que sólo a partir de su *materia- lización en el mundo* es posible su *interpretación en la literatura*. Las explicaciones meramente lingüísticas o formalistas, exentas de contenido o carentes de referencia material, sólo explican la psicología de quien las formula, pero no aquello a lo que su artífice pretende referirse. Ninguna retórica ha albergado jamás una sola explicación gnoseológica consistente. La hermenéutica doxográfica, tampoco. Las figuras retóricas no son figuras gnoseológicas. Divorciadas de la Poética, sólo son doxografía y sofística, es decir, discurso acrítico, ora ideológico (político), ora psicologista (fenomenología), ora confesional (religioso). El lenguaje sólo puede explicar aquella realidad cuya materialidad pueda probar o comprobar un sujeto hablante, convertido entonces en un sujeto gnoseológico, es decir, en un intérprete de la ciencia, de la crítica y de la dialéctica.

3

DEMOLICIÓN EPISTEMOLÓGICA DE LA IDEA ARISTOTÉLICA DE FICCIÓN: ARISTÓTELES NO ES NUESTRO COLEGA

*Conviene que, en efecto, el hombre
se dé cuenta de lo que le dicen las ideas
(Platón, Fedro 249b).*

Haré un recorrido que, partiendo de la epistemología aristotélica de la ficción, desemboque en una gnoseología materialista de la realidad.

Desde la *Poética* de Aristóteles, el concepto de ficción ha estado en la base de toda interpretación literaria. Sin embargo, la idea de ficción que elabora Aristóteles se sitúa en una posición epistemológica (Sujeto / Objeto), no gnoseológica (Materia / Forma). ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Aristóteles organiza las posibilidades del conocimiento humano para que la Idea de Ficción se interprete por relación a una determinada Idea de Realidad, desde el punto de vista de la relación epistemológica entre el Sujeto y el Objeto, y no desde el punto de vista de la

relación gnoseológica entre la Materia y la Forma. La realidad será, pues, la naturaleza imitada en la obra de arte mediante palabras utilizadas por el poeta, y, en consecuencia, la obra de arte será siempre una reproducción o imitación, más o menos *verosímil*, de la naturaleza o realidad. La teoría de la literatura, desde Aristóteles hasta hoy, sigue ubicada en la perspectiva epistemológica del autor de la *Poética* a la hora de concebir y explicar la ficción de la literatura frente a la concepción de la realidad. Y hace todo esto con dos agravantes de categoría. El primero consiste en sostener una idea de realidad que, o bien es aristotélica (como hicieron los preceptistas del clasicismo renacentista e ilustrado), y por tanto imposible de articular y aceptar científicamente en nuestros días, o bien es una idea de realidad que queda indefinida, con lo cual toda idea de ficción literaria que pretenda explicarse por relación verosímil —o de adecuacionismo— con el mundo real resulta hipostasiada, sustancializada o teologizada, es decir, se convierte en un idealismo metafísico. El segundo agravante consiste en presentar una idea de ficción definida de forma confusa, contradictoria o inconsecuente, a partir de conceptos incompatibles entre sí, procedentes de diferentes ámbitos y ciencias categoriales, desde la Historia y la Filología hasta la Física y la Metafísica (que ni es una ciencia ni un saber crítico), conceptos que el teórico de la literatura acaba por organizar de forma retórica,

filológica o doxográfica, de modo que su resultado no será otra cosa que una dilatada metáfora, es decir, un discurso tropológico o fenomenológico —ensayístico de prosa poética—, pero no gnoseológico ni científico.

El principal problema con el que se encuentra la teoría literaria moderna ante la ficción es que, como idea, se ha construido desde las posiciones epistemológicas sustancialistas del aristotelismo (contraposición Sujeto / Objeto), y desde ellas se ha propagado por casi toda la filosofía occidental, como muestra la tradicional distinción entre *ente real* y *ente de razón* (que viene a ser idéntica a la distinción entre *entes objetivos* —exteriores a mi cráneo— y *entes subjetivos* —internos a mi cráneo—). De este modo, se afirmará que la ficción depende de aquellas operaciones racionales carentes de correlación con el “mundo exterior” al sujeto³³. Sucede, sin embargo, que todo esto es sustancialismo puro, idealismo trascendente, porque la distinción entre entes de razón y entes

³³ Así, por ejemplo, el *Manual de Filosofía Tomista* de E. Collin, de 1942, define “fantasear” como “dejar abandonada nuestra vida interior a su curso espontáneo, al albur de nuestros sentimientos, en una semiinconsciencia de las percepciones del mundo exterior y bajo cierto control de los principios del pensamiento lógico o de la ley moral” (I, § 253). Esta fantasía se convertiría en artística cuando se propone “crear lo bello expresando una idea” (I, § 255).

reales es una distinción metafísica desde los presupuestos de una ontología materialista y de una gnoseología constructivista, las cuales plantean la idea de ficción desde la diferencia entre la materia y la forma: es decir, plantean la idea de ficción desde la existencia operatoria humana. Tanto “lo ficticio” como “lo real” son construcciones ejecutadas con los materiales mismos de la Realidad plural del Mundo interpretado (M_i). Y no se trata de confundir impunemente la ficción con la realidad, sino precisamente de todo lo contrario, de discriminarlas de forma crítica, pero a partir de una idea gnoseológica —y no de una idea epistemológica— de lo que la Realidad es.

Ficción y Realidad no son conceptos dialécticos, sino conjugados. El gran error del que parte la perspectiva epistemológica de Aristóteles en su elaboración de la idea de ficción —perspectiva que aquí tratamos de demoler— es el de considerar que Ficción y Realidad son conceptos dialécticos, cuando en realidad se trata de conceptos conjugados o interrelacionados (Bueno, 1978a). La aceptación acrítica de estas ideas aristotélicas por parte de la teoría literaria occidental ha hecho persistir hasta nuestros días el equívoco de esta interpretación.

La ficción no sólo no se opone dialécticamente a la realidad, sino que forma parte *esencial* de ella, pues con ella está íntimamente conjugada, es decir, entretrejida y estructurada. La Idea de Ficción sólo puede entenderse conjugada con la

Idea de Realidad. Quiere esto decir que no es posible delimitar una idea de Ficción sin antes delimitar una idea de Realidad. Desde los presupuestos del materialismo filosófico, la Realidad no es un categoría, sino una Idea filosófica que depende de la concepción ontológica que se tome como referencia. Aquí adopto como referencia la ontología materialista (Bueno, 1972), cuyos fundamentos, en su aplicación a la literatura, he expuesto con anterioridad (Maestro, 2006).

Con el fin de explicar qué Idea de Realidad cabe admitir desde el materialismo filosófico, voy a remitirme al punto de partida para, en primer lugar, demoler la oposición aristotélica objetivo / subjetivo, cuya perspectiva epistemológica es causa del error que se pretende desterrar, y, en segundo lugar, reconstruir las ideas de Ficción y Realidad desde la perspectiva gnoseológica, que no opone dialécticamente, sino que conjuga estructuralmente, la materia y la forma.

Insisto en el error del punto de partida, cuyo artífice fue Aristóteles, al construir su Idea de Ficción sobre la oposición dentro / fuera del cráneo del sujeto. Real y objetivo era lo que se encontraba fuera de la mente o conciencia —cráneo—, e irreal o ficticio era lo que se encontraba dentro de ella. Nace así lo subjetivo como lo relativo a la conciencia, y lo objetivo como aquello que está fuera de ella. A partir de este momento, el principal problema filosófico para Aristóteles es saber cómo lo interior al cráneo —la conciencia, lo sub-

jetivo— capta lo exterior a él —la realidad, lo objetivo—. Unas interpretaciones sostendrán que la conciencia *refleja* o se *adecua* al exterior; otras, que la conciencia *describe* lo exterior al pensamiento; por último, otras afirmarán que lo objetivo emana de la fuerza interior del hombre, de su inspiración o genialidad, es decir, de una “conciencia enriquecida” (*cráneo privilegiado*), de modo que lo que hay fuera de la mente no serían en este caso más que las *proyecciones* del interior del cerebro. Se trata, respectivamente, de las tesis adecuacionistas, descriptivistas o proyectistas, consideradas en términos epistemológicos, y en virtud de las cuales la mente o conciencia del sujeto reproduce (adecuadamente), formaliza (descriptivamente) o proyecta (genial o paupérrimamente) la Realidad exterior al yo. El materialismo filosófico no se identifica con ninguna de estas tres posiciones, al sostener que la Realidad no es (objeto de) reproducción, descripción o proyección, sino de *construcción* —de construcción humana operatoria—, como explicaré inmediatamente. El sujeto construye la realidad al formar parte esencial y material de ella, y convertirse de este modo en un *sujeto operatorio*. La ficción será, pues, una *construcción* más entre las *construcciones reales* operadas o ejecutadas por el sujeto.

Las concepciones adecuacionista y descriptivista consideran que, cuando conciencia (interior) y realidad (exterior) coinciden, el sujeto está en posesión de conocimientos verdaderos. En ambos

casos (adecuacionismo y descriptivismo) la ficción se define como *algo generado en el interior del individuo*, y que no se adecuaría con el exterior, sino que estaría formada a partir de datos que el sujeto toma del exterior, pero sin correlato efectivo ni existencia positiva "fuera de su cráneo". Por su parte, el proyectismo induce a suponer que cuando la mente del sujeto, sin duda extraordinario —genio, loco, chamán, profeta, superdotado, caudillo, etc.—, postula una realidad, que los demás no perciben con su misma "profundidad", puede tener sus "razones", las cuales podrán acatarse o discutirse según la correlación de fuerzas e intereses en conflicto. En consecuencia, para esta última concepción, que tiende a ver la verdad como proyección del interior, las ideas de Ficción y Realidad acaban por confundirse.

La demolición crítica de estas tesis aristotélicas y hereditarias, construidas sobre la oposición epistemológica entre el Objeto y el Sujeto, en cuya génesis cristaliza la idea de ficción que consideramos insuficiente e inadecuada para explicar la complejidad del discurso literario, exige reconstruir la idea de subjetividad. El materialismo filosófico considera que subjetivo es lo relativo a los *sujetos operatorios humanos*, es decir, individuos corpóreos, dotados de músculos estriados, organismo, cuerpo, osamenta, epidermis, etc., que son *humanos* (no ángeles, chimpancés o electrones en movimiento), y que son *operatorios*, o sea, sujetos de una *praxis*, de una conducta práctica (que es

mucho más que una simple conducta), dotados de competencias y capacidades prolépticas e intencionales, en cuyos fines está la ejecución de determinados planes y proyectos. Los seres humanos son, en este sentido, individuos dotados de fines propios y específicos. La *praxis* se ejerce además *sobre* un material y *con* algún material. Incluso la alucinación mental más extrema requiere materiales previos: creerse Napoleón supone la necesaria realidad material de un Napoleón con el que poder identificarse. En este sentido, lo objetivo será aquel material con el que los sujetos operatorios humanos *operen* materialmente, es decir, *operen en la realidad del mundo interpretado (M_i) y por ellos construido*.

En su relación práctica con la materia, los sujetos operatorios ponen de manifiesto dos hechos fundamentales: la pluralidad de sujetos y la pluralidad de objetos. La oposición Objeto / Sujeto en la que se basaba Aristóteles es, pues, una simplificación sustancialista y metafísica, es decir, inexistente en la materialidad del mundo en que vivimos (M_i).

En primer lugar, hay que reconocer la pluralidad de *sujetos* operatorios humanos, una pluralidad que no es ni un caos —cada uno va a su aire, es independiente o está autodeterminado—, ni un orden armónico —todos siguen unas pautas predestinadas por Dios, la Economía, la Historia o cualquier otra categoría—. Las operaciones de los sujetos se concatenan y crean pautas de com-

portamiento que solidifican en estructuras, al modo en que de P. L. Berger habla, por ejemplo de “la construcción social de la realidad”. Los sujetos operatorios humanos no son mónadas felices o pletóricas, sino individuos, y sólo *son* individuos cuando *están* en sociedad, es decir, rodeados de otros individuos operatorios humanos, cuyo comportamiento los determina, conforma y constituye como tales. El determinismo social del materialismo filosófico no es, como algunos confunden, un *predeterminismo* ni un *causalismo*, sino la conjugación misma de la idea de libertad: la sociedad ni predestina al individuo ni es causa de él, sino que lo *construye*³⁴.

En segundo lugar, hay que reconocer la pluralidad de *objetos*. Al igual que no existe lo subjetivo como entidad amorfa y homogénea, ni existe un único sujeto, sino muchos y concatenados en

³⁴ La antinomia libertad / determinación se supera cuando comprendemos que sólo al estar determinados podemos actuar libremente. Para poder conducir libremente por la carretera necesitamos la determinación de las normas de circulación. De no ser posible esta determinación normativa, lo único que tendríamos sería el caos, y por supuesto no habría libertad de movimientos. Para comunicarnos y vivir libremente necesitamos que una sociedad, cuya mínima expresión es la pareja o la familia, y cuya máxima expresión es el Estado, nos enseñe un idioma y nos dé una educación que en modo alguno elegimos.

diferentes estructuras de comportamiento, grupos, clases sociales, Estados, etc., también los objetos *con* los que operan y *sobre* los que operan los seres humanos (sujetos operatorios) serán múltiples y muy numerosos, y están entretejidos y conformando diferentes estructuras, sistemas, cuerpos... Evidentemente no hay muchos objetos porque haya muchos sujetos, sino porque los objetos ya son muchos de por sí. No existe *Lo Objetivo* como un Todo homogéneo que se nos refleje en la Conciencia como una Totalidad máxima que incluya el Universo en su totalidad plena. *Lo Objetivo* será, por tanto, la concatenación de objetos plurales, irreductibles unos a otros.

En consecuencia, reconocemos que no existe *Lo Subjetivo*, sino pluralidad de sujetos concatenados y entrelazados; y que no existe tampoco *Lo Objetivo*, como Esencia Pura, manifiesta o reflejada en la conciencia del yo, ni proyectada desde sus singulares riquezas, sino pluralidad de objetos. Como consecuencia de todo esto hemos de reconocer que la distinción Sujeto / Objeto, causa del error epistemológico de partida, se viene abajo, completamente demolida. Porque si los sujetos y objetos son plurales, unos objetos pueden ser sujetos y otros sujetos pueden ser objetos, de modo que unos sujetos humanos operatorios pueden operar sobre otros sujetos operatorios y viceversa. Así, la distinción S/O es irreal, porque carece de contenidos materiales, y habrá que reemplazarla por una formulación de contenidos

LA FICCIÓN EN LA LITERATURA

positivos $S_1/O_1 / S_2/O_2 / S_3/O_3...$, en cuyo límite la distinción Subjetivo / Objetivo queda neutralizada. No es, pues, una oposición que se dé como tal en la realidad, en la vida material de las personas, desde el momento en que hay que reconocer la existencia de innumerables objetos e innumerables contenidos subjetivos.

4

LA PROPUESTA GNOSEOLÓGICA: LA LITERATURA NO CONFIRMA NINGUNA VERDAD TRASCENDENTE

Porque es una cosa leve, alada y sagrada el poeta, y no está en condiciones de poetizar antes de que esté endiosado, demente, y no habite ya más en él la inteligencia (Platón, Ion, 534b).

Demolida la oposición epistemológica aristotélica (objeto / sujeto), puede pretenderse la conjugación gnoseológica, desde los presupuestos del materialismo filosófico, entre materia y forma, con el fin de delimitar una idea de ficción. Cito a Gustavo Bueno:

En cuanto a la diferencia gnoseológica entre subjetividad y objetividad, hemos propuesto, en otra ocasión, sustituir el criterio tradicional (que se basa en la oposición entre el par de conceptos *dentro / fuera*: lo subjetivo es lo interior a la piel del sujeto, lo objetivo es lo exterior) por el criterio *cerca / lejos*, debidamente reelaborado. A este efecto, hemos introducido la distinción entre

JESÚS G. MAESTRO

conexiones paratéticas y conexiones apotéticas³⁵. Según esto la subjetividad quedaría en el ámbito de las relaciones apotéticas. Esta concepción nos permite establecer un nexo gnoseológico inesperado entre *operaciones* y *fenómenos*. Pues las operaciones son siempre apotéticas (separar / aproximar), lo que no implica que las relaciones apotéticas sean siempre resultados operatorios en un sentido gnoseológico (aun cuando siempre cabe citar alguna operación o preocupación de aproximación o alejamiento, cuando se constituyen los objetos a distancia propios del mundo humano e incluso el de los animales superiores). *Resultaría de lo anterior que la neutralización o eliminación de las operaciones tiene mucho que ver con la eliminación de los fenómenos y con la transformación de las relaciones apotéticas y fenoménicas en relaciones por contigüidad*. Si, por último, tenemos en cuenta que las causas finales (en su sentido estricto de *causas prolépticas*) son apotéticas. Recíprocamente: las operaciones sólo tienen sentido en un ámbito proléptico, puesto que no hay operaciones al margen de una estrategia teleológica (el matemático que eleva al cuadrado dos miembros de una ecuación para eliminar

³⁵ Paratéticas son las conexiones o relaciones que se establecen por contacto, afinidad o proximidad entre dos o más términos, frente a las conexiones apotéticas, que se establecerían a distancia.

los monomios negativos sigue una estrategia y sólo en ella cabe hablar de operaciones matemáticas). Advertimos que, desde nuestras premisas, cabe entender la eliminación de las causas finales y la de acción a distancia en la ciencia moderna como resultados de un mismo principio (Bueno, 1978a: 13).

Desde esta posición filosófica, la Realidad no se concibe como “lo exterior”, sino como el *conjunto plural de entes en los que estamos inmersos y que nuestra praxis ordena y construye*. La subjetividad no es por tanto una sustancia sublime interior a nuestro cráneo, sino un *relator* —vinculado, por supuesto, al cerebro— de los objetos apotéticos, y por tanto no tiene existencia absoluta (abuelta), desligada del resto de entes que relaciona. No puede decirse, como muchos manuales marxistas afirmaban, que la materia es la realidad independiente de nuestra conciencia, como si la conciencia no formara *ya* de hecho parte material de esa realidad igualmente material.

Sin embargo, si se habla de ficción en términos gnoseológicos, sobre una gnoseología materialista que concibe la oposición materia / forma como una relación entre conceptos conjugados, y no como una relación dialéctica, se obtendrán óptimos resultados en las ciencias categoriales, por lo que se refiere sobre todo a sus *términos* y *referentes*, en los ejes sintáctico y semántico del espacio gnoseológico (Bueno, 1978b, 1982). De este modo, por ejemplo, se podrá distinguir la

ciencia de la Matemática —y sus verdades— de la pseudo-ciencia de la Teología —y sus mentiras, que aquí, desde el materialismo filosófico, llamamos ficciones (porque no cabe calificar de ciencia a una disciplina cuyo objeto de conocimiento, Dios, no existe físicamente)—.

Sucede, por estas razones, que la propuesta gnoseológica es completamente inútil para indagar o reflexionar sobre la cuestión de la verdad y el error, es decir, de la mentira o la ficción, fuera del ámbito de las ciencias categoriales. La gnoseología no es competente para estudiar la cuestión de la ficción literaria, del mismo modo que la epistemología tampoco lo es, a pesar de Aristóteles y de toda su herencia interpretativa. Y no lo es por algo tan simple como el hecho evidente de que la literatura no es una ciencia categorial. La gnoseología materialista dará cuenta de los aciertos de la Teoría de la Literatura como ciencia de la Literatura, cuyo objeto de conocimiento son los materiales literarios, pero no nos sirve para explicar la idea de ficción literaria. Porque la literatura no es objeto de verdad, sino existencia, es decir, no es objeto de gnoseología, sino de ontología. La literatura no verifica nada gnoseológicamente, sino que lo construye ontológicamente. La literatura no confirma ni contiene ninguna "verdad trascendente". Ninguna obra literaria es un libro sagrado. Sólo las ciencias categoriales construyen verdades o errores, y sólo ellas resultan ser en consecuencia objeto de una

gnoseología materialista, pero la literatura no, porque no es una ciencia, y porque se concibe y autoconcibe como una figura poética (*mythos* o *fábula*), no como una figura gnoseológica (verdad o falsedad). La literatura es una *construcción ontológica*, no un discurso gnoseológico. Son las ciencias categoriales, entre ellas la Teoría de la Literatura, las que han de responder a la exigencia gnoseológica³⁶.

³⁶ Uno de los límites de la gnoseología de la ficción literaria, que aquí he considerado improcedente, por imposible, es el que Dolezel confiesa haber alcanzado, como si se tratara de haber llegado a la meta de un viaje místico, que implicaría cubrir un trayecto sin duda metafísico: "He llegado a la conclusión que en semántica narrativa el concepto de verdad debe basarse en el de autenticación, un concepto que explique la existencia ficcional" (1980/1997: 121). Si las palabras de Dolezel fueran verdaderas, cualquier ser humano, es decir, cualquier sujeto operatorio dotado de existencia operatoria, podría existir y coexistir —en el momento en que se escriben o leen estas líneas— con don Quijote, Ulises, o el difunto Napoleón Bonaparte. Dolezel afirma aquí impunemente, y sin duda irracionalmente, que los personajes literarios, y con ellos todo ente de ficción, posee lo que el materialismo filosófico denomina *existencia operatoria*.

5

LA CONSTRUCCIÓN ONTOLÓGICA DE LA LITERATURA: FÍSICA, FENOMENOLOGÍA Y LÓGICA

Si todo estuviera conectado con todo, o si nada estuviera conectado con nada, el conocimiento sería imposible (Platón, Sofista, 259c).

Vuelvo al punto inicial, con el fin de cerrar el círculo y definir la idea de ficción desde criterios ontológicos y materialistas, no epistemológicos, ni gnoseológicos, ni metafísicos.

No hay que confundir lo existente con lo verdadero. La existencia se refiere a la coexistencia operatoria de términos en un contexto. La verdad se refiere a las confluencias que se dan en contextos gnoseológicos. Quiero decir que la Matemática y la Métrica establecen verdades en su campo, construyen identidades sintéticas, mientras que la literatura y la filosofía, no. Ésa es la diferencia entre el guarismo 5 y el endecasílabo, por una parte, y don Quijote o la idea de triángulo equilátero, por otra. El número 5 es un

término sintético, al igual que el concepto de endecasílabo, y ambos se obtienen de operaciones y relaciones entre otros términos. Por su parte, don Quijote, al igual que el unicornio o la idea de triángulo equilátero, no es un término categorial. La verdad no es un criterio: la verdad es un hecho (*verum est factum*). En consecuencia, hay que definir muy bien en qué terreno queremos movernos: ¿Ontología o Gnoseología? ¿Existencia o verdad? Algo puede existir y no ser verdad. ¿Son verdad mis referentes ontológicos en M_2 ? Un análisis gnoseológico no será muy pertinente respecto al segundo género de materialidad literaria (M_2), como he indicado en el epígrafe anterior, al no resultar apenas de utilidad, pero sí lo será el análisis ontológico, desde el momento en que sí es cierto que tales referentes coexisten conmigo y funcionan como causa eficiente en muchas de mis acciones. *Coexisten conmigo*, es decir, existen en relación con otros sujetos, dado que ellos y yo somos sujetos con existencia operatoria, pero no en la literatura que yo leo, precisamente porque los sujetos o personajes literarios, aun poseyendo la materialidad primogenérica del lenguaje y la materialidad terciogenérica de las ideas lógicas, *carecen de existencia operatoria* fuera de la realidad literaria, o lo que es lo mismo: frente a la existencia operatoria de los seres humanos. Y es precisamente esta existencia operatoria nula del personaje en el mundo del autor y del lector lo que nos per-

mite hablar de *ficción literaria* en la realidad de los materiales de la literatura.

5.1. EXISTENCIA OPERATORIA Y EXISTENCIA NO OPERATORIA (LA IMPOTENCIA DE DON QUIJOTE)

Don Quijote, al igual que el colérico Aquiles o el astuto Odiseo, al igual que el Dante infernal y paradisiaco, al igual que los singulares príncipes Hamlet y Segismundo, al igual que tantos y tantos personajes literarios, es un impotente: como todos ellos, carece de *existencia operatoria* fuera de su existencia estructural, es decir, al margen de su realidad formal en la materialidad de la obra literaria.

Resulta imprescindible delimitar aquí la idea de existencia del materialismo filosófico con el fin de ampliarla, de modo que pueda integrarse en ella la idea de ficción como *existencia no operatoria*. Me explico. De acuerdo con el materialismo filosófico, la existencia es siempre coexistencia, porque nada ni nadie puede existir de forma aislada, insular, autodeterminada, megárica, exento de interdependencias, como una entidad pura, metafísica, al margen de lo que es la materialidad del mundo como construcción humana (M_i) en sus tres géneros de materialidad mencionados. Ahora bien, si toda existencia es necesariamente coexistencia, el materialismo filosófico distingue positivamente entre *existencia genética* y *existencia*

estructural. Me serviré de un ejemplo antes de formular tales definiciones teóricamente. Desde la perspectiva de la estructura, don Quijote existiría como término enclasado, integrado o estructurado en los materiales literarios (literatura), pictóricos (iconografía), plásticos (escultura), musicales (una pieza sinfónica), etc., de tal modo que como tal material literario, pictórico, plástico, etc., coexistiría con otros términos de análoga existencia (Dulcinea, Sancho, el cura, el barbero...) Sin embargo, desde la perspectiva de la génesis, la existencia de don Quijote, como la de los restantes personajes con él (co)existentes, resulta neutralizada o incluso anulada por el término enclasante o estructurante que los contiene, materializándolos y formalizándolos a todos por igual (el libro, el cuadro, la escultura, la obra musical...) Ésta es una opción que señala el materialismo filosófico y que por tanto hay que considerar, porque en tal caso habría que aceptar que la (co)existencia de don Quijote, como de todo personaje literario, es únicamente estructural, y no genética, desde el momento en que esta última posibilidad queda neutralizada por el material enclasante al que pertenece, esto es, por el continente que lo materializa y formaliza: la obra literaria, cuyo autor es Miguel de Cervantes.

Como consecuencia de todo esto, se advierte que la existencia estructural es exclusivamente formal, y se manifiesta allí donde la materia y la forma se encuentran en relación de sincretismo,

en el límite de su conjugación y de su identidad sincrética, frente a la existencia genética, caracterizada porque en ella la materia y la forma se mantienen como conceptos conjugados, es decir, evolucionan operativamente. ¿Qué quiere decirse con esto? Lo siguiente.

La existencia genética es la que poseen los seres humanos, es decir, los sujetos que son capaces de brotar de un embrión y reproducirse genéticamente, con independencia del núcleo que ha dado lugar a la materialidad de su estructura presente. La existencia estructural es la que poseen los llamados "entes de ficción", cuya materialidad es primogenérica y terciogenérica, es decir, física (M_1) y lógica (M_3), pero no psicológica o fenomenológica (M_2), ya que toda su psicología y fenomenología es una prestación formal sin contenido material efectivo, es una ilusión estética sin existencia operatoria. En síntesis: la existencia genética es operatoria y la existencia estructural no es operatoria. Don Quijote no puede *operar* en el mundo físico del que él mismo forma parte, como material literario, pictórico, musical o escultórico, porque su existencia estructural en la obra de arte está anulada o neutralizada por una existencia genética que es igual a cero.

Lo mismo sucede en una ciencia como la Matemática, en la que forma y materia son conceptos sincréticos. Lo que ordinariamente se denomina ficción literaria, es decir, en concreto el personaje literario, como los guarismos matemá-

ticos, sólo tiene existencia estructural, porque no existen operatorialmente fuera de la estructura de la que forman parte material. Existen materialmente, porque tienen existencia óptica (M_1) y lógica (M_3), es decir, existencia estructural, pero no existen psicológicamente en sí mismos (M_2), porque el número 8 carece de realidad psíquica (dentro y fuera de la matemática), y porque don Quijote posee una realidad psíquica que es únicamente estructural (dentro de la literatura) y genéticamente nula (fuera de la literatura), es decir, existe estructuralmente sólo dentro de la obra literaria: fuera de ella es una *ficción*.

Toda ficción es una *realidad impotente*, es decir, una materialidad que carece de existencia operatoria. Como las matemáticas, la ficción literaria sólo existe estructuralmente. Por eso se puede afirmar que la ficción es el soporte de la geometría literaria. Sólo una existencia positiva genética puede aportar realidad material a M_2 , es decir, sólo una existencia operatoria, humana en sentido físico y biológico, puede dotar de contenidos materiales reales el mundo psicológico y fenomenológico de quien la ejecuta. Ni don Quijote, ni el número 8, ni el embrión de un feto humano en proceso de gestación, posee existencia genética demostrada. Don Quijote y el guarismo 8, porque son ficciones fuera de la Literatura y de la Matemática, y el feto humano, porque todavía no existe estructuralmente por sí mismo, sino que existe estructuralmente —bajo relaciones de

dependencia biológica— como una parte más del organismo de su madre.

Desde un punto de vista estructural, tanto don Quijote como el feto poseen existencia positiva: son términos materiales enclasados, coexistentes con otros términos dentro de una estructura que funciona como una totalidad atributiva. Sin embargo, desde el punto de vista de la génesis, ni don Quijote ni el feto tienen existencia positiva, ya que se encuentran *absorbidos* por otros términos: el libro y la madre. El feto tendrá existencia positiva como término (punto de vista estructural), pero no como persona humana (punto de vista genético). En este punto, el feto se comporta exactamente igual que don Quijote: ambos comparten la misma impotencia operatoria.

Queda, por tanto, claro que lo que caracteriza distintivamente a los entes de ficción desde el materialismo filosófico como teoría literaria es la *carencia de existencia operatoria*. Esta carencia de existencia operatoria se debe a su propia naturaleza de términos enclasados en una estructura dentro de la cual su existencia genética es nula, desde el momento en que su *capacidad genética* no existe. Y si no hay potencia o competencia genética, no hay existencia ni realidad operatoria. Hay ficción, esto es, realidad material no operatoria.

5.2. ONTOLOGÍA DE LA FICCIÓN LITERARIA:
LA FICCIÓN ES UNA REALIDAD

La ontología es nuestra organización filosófica de los contenidos materiales contruidos, organizados y categorizados por los seres humanos como sujetos operatorios del Mundo determinado (M_i). La *ontología especial* es lo que hemos logrado organizar y determinar materialmente de acuerdo con los tres géneros de materialidad a los que me he referido con frecuencia: $M_i = M_1, M_2, M_3$. Lo que aún se escapa a esta determinación y categorización se denomina M , es decir, el Mundo no conocido o explorado racionalmente³⁷. En la naturaleza o en el cosmos hay cuestiones y realidades materiales que pertenecen a M , porque M_1 no representa el mundo físico, sin más, sino que representa el mundo físico que el ser humano ha podido manipular, entender o explicar científicamente, esto es, categorizar. La Ciencia, como interpretación causal, objetiva y sistemática de la materia, es una *construcción ontológica*, constitutiva del tercer género de materialidad (el mundo lógico) y constituida desde el Mundo, es

³⁷ La llamada ciencia-ficción es, sin embargo, una construcción adulterada del Mundo (M), es decir, una visión falsificada del mundo no categorizado o interpretado racionalmente por los seres humanos en los términos de las ciencias categoriales.

decir, constitutiva de M_3 y constituida desde M . La Filosofía, al igual que la Ciencia, es un saber crítico, pero, a diferencia de ella, no es un saber de primer grado, no es un saber constitutivo de ningún género de materialidad, sino que su objetivo está en la organización racional y lógica de las ideas del mundo lógico, es decir, de las Ideas contenidas en M_3 . La Literatura, por su parte, es una construcción ontológica, al igual que la Ciencia y la Filosofía, ejecutada por sujetos operatorios, que llamamos autores, lectores o críticos, en la medida en que construyen, leen e interpretan obras literarias. La Literatura no es necesariamente un saber crítico, como lo son la Ciencia y la Filosofía, de modo que su ontología se manifiesta en los tres géneros de materialidad, y no sólo en uno de ellos, como puede suceder con la Filosofía (M_3) y con algunas Ciencias categoriales (M_1 y M_3), es decir, que la ontología literaria es una construcción ontológica muy especial que se desarrolla en M_1 , M_2 y M_3 . Los materiales literarios se objetivan en el mundo físico (M_1), al que pertenecen sus autores, lectores y críticos, los materiales lingüísticos, verbales y literarios, los sonidos, palabras y grafías, la materialidad de los libros y la industria editora, la propaganda, la economía y el poder que emana de la instrumentalización de los materiales literarios, desde sus fines académicos e institucionales hasta sus consecuencias ideológicas y políticas, cuyas causas y consecuencias son materialmente comprobables. Además, los

materiales literarios son depositarios de contenidos psicológicos y fenomenológicos muy explícitos, que se expresan y refieren formalmente de manera manifiesta y poderosa (M_2), a menudo con consecuencias prácticas (emociones, pasiones, reacciones psíquicas, impacto en los estados de ánimo, etc.) Finalmente, la Literatura es un discurso en el que se objetivan Ideas específicas del tercer género de materialidad (M_3): Libertad, Justicia, Paz, Guerra, Poder, Amor, Muerte...

Es, pues, evidente, que la Literatura es una construcción ontológica que se proyecta a través de los tres géneros de materialidad, manipulándolos y roturándolos profundamente, pero no en términos gnoseológicos ni epistemológicos, sino sólo en términos ontológicos. La Literatura no es objeto de una epistemología, como he tratado de demostrar (vid. § 3), pero sí puede ser objeto de una ontología, aunque no en todos sus géneros de materialidad. La Literatura es analizable ontológicamente sólo en sus implicaciones en el mundo de los objetos físicos, como material oral o impreso, textual, lingüístico, etc., y como material depositario de ideas objetivas propias de un mundo lógico, es decir, sólo es interpretable ontológicamente como M_1 y como M_3 . ¿Y por qué no como M_2 ? Porque los contenidos psicológicos referidos y expresados en el discurso literario son siempre ficciones, es decir, porque lo que confiere a la literatura un estatuto ficcional es M_2 y sólo M_2 : un mundo psicologista y fenomenológico

cuyos referentes materiales se formalizan sincréticamente en la construcción literaria de personajes, es decir, en la concepción sintáctica o estructural el Sujeto en la literatura. Y aunque los contenidos psicologistas y fenomenológicos de la literatura (M_2) puedan servir, como un andamiaje o una infraestructura, formalizada no sólo en personajes (sujetos), sino también en acciones o funciones (fábula), para construir los contenidos lógicos, lo cierto e indiscutible es que tales contenidos psicológicos y fenomenológicos (M_2) nunca serán operatoriamente verdaderos, mientras que los contenidos lógicos (M_3) lo serán siempre, dentro y fuera del texto, antes y después de su lectura, ya que su existencia operatoria es independiente de cualesquiera materiales literarios que ocasionalmente puedan servirles de soporte formal o medio de expresión. La Literatura es una realidad ontológica construida siempre por sujetos operatorios que utilizan soportes físicos y materiales reales (M_1), y depositaria de ideas cuya materialidad es terciogenérica o lógica (M_3). Sin embargo, los contenidos psicológicos y fenomenológicos de la literatura, aun siendo materialmente reales, no son operatoriamente verdaderos. Por eso no son, ni pueden ser, objeto de una gnoseología, y por eso decimos que son *ficciones*: porque, aunque posean existencia óptica en un mundo lógico (M_3), carecen de existencia operatoria en el mundo físico (M_1).

No cabe, pues, en rigor, hablar de ficción en Literatura, sino de la ficción de los contenidos psicológicos y fenomenológicos de la ontología literaria. En Literatura sólo es coherente hablar de ficción en relación con el segundo género de materialidad: el mundo de los contenidos y materiales psicológicos (M_2). Todo lo demás (M_1 y M_3), es real y verdadero, es decir, posee existencia óptica y operatoria más allá de la obra literaria, trascendiendo históricamente diferentes campos categoriales.

Será, pues, absurdo referirse a la literatura como un mundo posible o un modelo de mundo, desde el momento en que la literatura es una realidad constituida y constitutiva de tres géneros de materialidad.

La única diferencia entre don Quijote y yo es que yo *co-existo* y *co-opero* con otros sujetos operatorios, y don Quijote, no; es decir, yo estoy dotado de existencia operatoria, y el personaje literario, no. Y cabe advertir aquí que la literatura no sólo es cuestión de personajes. Los materiales literarios son superiores e irreductibles al mundo de los contenidos psicológicos, es decir, son superiores e irreductibles a la fenomenología de M_2 . La ontología literaria implica los tres géneros de materialidad. Por eso, entre otras cosas, no cabe hablar de una teoría literaria posmoderna: porque la posmodernidad lo reduce todo a un *texto*, es decir, a una metáfora, a una *tropología psicologista*. La posmodernidad reduce

los tres géneros de materialidad (mundo físico, mundo fenomenológico y mundo lógico) a uno solo de ellos: el mundo de la psicología y de la ideología, de lo fenoménico y lo dóxico, de lo aparente y cavernícola, esto es, a M_2 . He aquí la caverna platónica lujosamente acomodada en la sociedad del consumo industrial. La posmodernidad se reduce precisamente a aquella dimensión ontológica de la literatura en la que sólo habita la ficción: los referentes impotentes, la materialidad que carece de existencia operatoria. Nada, pues, más alejado de la materialidad de la literatura que el discurso psicologista y fenomenológico de la posmodernidad.

De acuerdo con el materialismo filosófico, la ficción es una parte de la realidad de la literatura, y no cabe hablar de ella aisladamente. La ficción es una realidad que, construida por el sujeto operatorio con materiales reales (M_1), no sólo se sirve a su vez de formas constitutivas de ideas y materiales lógicos (M_3), sino que alcanza todos estos logros precisamente porque forma parte esencial de la realidad del mundo categorizado e interpretado. La ficción en general, y la literaria en particular, es una superfetación de la realidad, uno de sus espacios virtuales más expresivos, al constituir una topología especialmente significativa, y siempre construida con materiales reales. La ficción es lo que hace posible y asequible la geometría de la literatura, esto es, la arquitectura y habitabilidad de las ideas literarias.

Diré, en síntesis, que ficción es *la materialidad que carece de existencia operatoria*, tratándose de una materialidad a la que se le atribuyen contenidos psicológicos y fenomenológicos, y a la que, sin embargo, se convierte en sujeto de referentes lógicos. Es decir, es la materia cuya forma se agota en su propia materialidad. Es el caso de don Quijote, quien no existe formalmente fuera de su propia materialidad, las formas de la novela cervantina titulada *Don Quijote de la Mancha*. Es ficción todo aquello que no tiene existencia operatoria en M_1 , todo lo que no tiene existencia positiva genética, sino únicamente estructural, en M_1 y M_3 , es decir, todo lo que no existe ni coexiste operatoriamente en el mundo de los objetos físicos (M_1), porque su materialidad es exclusivamente formal (gráfica, pictórica, escultórica...), y porque sólo formalmente se postula, sin capacidad de existencia operatoria, en el mundo de los objetos psicológicos (M_2) y en el mundo de los objetos lógicos (M_3), donde la materialidad terciogénica de las ideas dota nuevamente a sus formas de contenidos reales. La psicología de don Quijote no existe, ni es operatoria, fuera del libro que lleva su nombre, pero don Quijote sí existe positivamente, no sólo como material literario (incluso pictórico, escultórico, musical, hasta psiquiátrico...) (M_1), sino como expresión de ideas objetivas y lógicas que pueden analizarse y estudiarse materialmente mediante concep-

LA FICCIÓN EN LA LITERATURA

tos (libertad, amor, poder, política, cautiverio, honor, lucha, etc...) (M_3).

Pese a todas sus impotencias operatorias, don Quijote es una de las realidades lógicas más importantes y poderosas que la literatura ha colocado en M_3 , esto es, en el mundo de las Ideas.

CONCLUSIÓN

Debe lucharse con todo el razonamiento contra quien, suprimiendo la ciencia, el pensamiento y el intelecto, pretende afirmar algo, sea como fuere (Platón, Sofista, 249c).

Puede afirmarse, pues, en sentido amplio y riguroso, que es ficticia aquella materialidad cuya existencia no es operatoria. La materia de la ficción es exclusivamente formal y no operatoria, porque su realidad es una construcción en la que materia y forma están en sincretismo y resultan —aunque disociables— inseparables. Un referente es ficticio cuando su materia y su forma, al hallarse precisamente en el límite de su conjugación, están en sincretismo. Así, por ejemplo, materia y forma constituyen en el caso de Dios, el unicornio y don Quijote, una identidad sincrética. Estos tres referentes remiten siempre a formas que se agotan en su propia materialización, sea en una cruz de madera o de plata, sea en la figura o iconografía de un caballo que ostenta un cuerno recto en mitad de la frente, sea en el personaje cervantino verbalmente construido en la célebre novela que lleva su nombre.

Se confirma que la ficción forma parte necesariamente de la realidad, porque Realidad y Ficción no son conceptos dialécticos, sino conceptos conjugados. La ficción es interpretable —y posible— porque existe la realidad, en cuyas estructuras (formas y materias) toda ficción está insertada, como construcción real y como realidad constituyente. Por esta razón la ficción literaria no es una suerte de réplica de la realidad, verosímilmente expresada o compuesta, según umbrales de aproximación. Ésa es la herencia epistemológica de Aristóteles, quien proporcionó hace veinticinco siglos un concepto de ficción desde el que hoy por hoy no se explica ni la esencia de la literatura —la lírica no sería ficción— ni la complejidad de la realidad —el Mundo no es una Naturaleza imitable—.

El concepto de ficción ha sido sobreestimado epistemológicamente a la hora de interpretar la literatura. Desde una perspectiva epistemológica es equívoco y confuso, y desde una perspectiva gnoseológica resulta estéril a la interpretación de la literatura, pues exigiría al discurso literario pretensiones de verdad científica. La única opción que permite examinar, desde criterios racionales y contenidos lógicos, y por tanto materialistas, el concepto de ficción literaria, es la perspectiva ontológica. Debe hablarse, pues, de *construcción literaria*, por parte de un sujeto operatorio, sin duda el autor, en primera instancia, que entrará en interacción con múltiples sujetos ope-

ratorios diferentes, como lectores, críticos, intérpretes, traductores y transductores (Maestro, 2002), los cuales habrán de roturar, examinar y analizar materialmente esa *construcción literaria*, en la que se objetivan realidades pertenecientes a los tres géneros de materialidad (M_1 , M_2 y M_3), y que es susceptible de la interpretación que ejecuten, ahora sí, gnoseológicamente, esto es, en términos científicos, nuevos sujetos operatorios, al enfrentar el *Mundo interpretado* (M_i) que está contenido en la construcción literaria de referencia con el *Mundo interpretado* (M_i) que está contenido en otras construcciones, literarias o de cualquier otra naturaleza (musical, pictórica, social, científica, teológica, filosófica...).

Podría pensarse *in extremis* que el concepto de ficción es estéril en la interpretación de la literatura. Lo cierto es que, desde una perspectiva epistemológica, como he tratado de demostrar, no sirve para explicar ni la complejidad de la literatura ni la naturaleza de la realidad. Epistemológicamente, más que un concepto estéril sería un concepto equívoco, inadecuado, insuficiente. Nos remite a una herencia aristotélica inoperante en el estadio actual de las ciencias categoriales, tanto en la interpretación de la realidad como en la interpretación de la literatura; una herencia aristotélica que hoy sólo puede conducirnos a soluciones falsas, exigidas por un planteamiento del problema igualmente falso. El concepto de ficción literaria no puede plantearse en términos episte-

mológicos porque la literatura no es en rigor una *ficción*, sino una *construcción*. No cabe, pues, hablar de *ficción literaria*, sino de *construcción literaria*, a cargo de sujetos operatorios, y dotada de contenidos pertenecientes a los tres géneros de materialidad, cuyo conocimiento hace de la *ficción literaria* una *realidad literaria*, que puede y debe sin duda ser analizada e interpretada categorialmente —esto es, materialmente, científicamente— mediante conceptos. No puede decirse, sin más, que la literatura es ficción, cuando sabemos positivamente que sus componentes materiales son ontológicamente reales, y cuando podemos comprobar que sólo los contenidos pertenecientes al segundo género de materialidad, es decir, los contenidos psicológicos y fenomenológicos (M_2), atribuidos formalmente a algunos de los referentes literarios, principalmente personajes y acciones, *carecen de existencia operatoria*, es decir, son, real y efectivamente, *ficciones*. Sólo un tercio de los materiales literarios serían *a priori* ficticios.

La literatura es una construcción, sí, y la realidad en que vivimos, también. En términos de ficción, la única diferencia estriba en que, en la *realidad en que vivimos*, vivimos, esto es, existimos, como sujetos operatorios, y en la *realidad de la literatura*, no. En la realidad inmanente de la obra literaria los sujetos operatorios son ficciones, precisamente porque su existencia operatoria no existe, valga el oxímoron. Es un simulacro. En

este simulacro se objetiva la única referencia ficticia de la literatura, frente al resto de materiales (primogénicos y secundogénicos) efectivamente existentes y pragmáticamente manipulables. La literatura es una construcción de mundos físicos, fenomenológicos y lógicos. En el discurso literario está la física (M_1), la fenomenología (M_2) y la lógica (M_3). Según autores e intérpretes, tendencias y obras, etapas históricas y teorías literarias, unos u otros géneros de materialidad serán o no estudiados con mayor o menor insistencia, pero, sea de un modo u otro, es imposible la concepción de una construcción u obra literaria en la que esté ausente alguno de estos tres géneros de materia. Incluso aunque los contenidos de M_2 correspondan a una existencia operatoria 0, pues, como he expuesto, poseen una materialidad cuya existencia es sólo formal, y no operatoria, precisamente por hallarse en el límite de la conjugación lógico-material de su realidad, en este caso, ficticia. Por eso un Unicornio, o el Dios de las religiones terciarias, son ficciones puras, al carecer de existencia operatoria, aun poseyendo la forma que sus representaciones escultóricas, iconográficas o librescas, les conceden materialmente para deleite y solaz de sus fieles³⁸.

³⁸ Sobre la idea de religión en la evolución humana, y las distintas etapas históricas de la religión (primario o numinosa, secundaria o mitológica, y terciaria o teológica), vid. Bueno (1985).

En consecuencia, el concepto de ficción, plateado en términos epistemológicos o aristotélicos, no sólo no agota la realidad de la literatura, sino que sitúa al crítico o intérprete de ella en un callejón sin salida. Bien sabemos que la herencia aristotélica, que enfrenta la Poética a la Historia, depende del concepto que de Historia tiene el discípulo de Platón, un concepto hoy día insostenible desde cualquier punto de vista categorial (Moradiellos, 2001). De este modo, el concepto epistemológico de ficción se vincula al de fábula, exigiendo un contenido actancial, funcionalista, argumental (*mythos*), es decir, el contenido de una historia, protagonizada por acciones humanas que imitan la Naturaleza. En suma, Aristóteles buscó en la Poética una Historia, es decir, categorizó la Literatura como una Historia posible o ficticia, por oposición a una Historia real o verdadera, dejando a Occidente el legado de una eterna confusión epistemológica entre verdad y existencia y entre realidad y ficción. En tales términos, lo ficticio es para los herederos acrílicos de Aristóteles aquello que resulta imitado, simulado o reproducido por la acción humana, más precisamente, *lo que contiene una historia no acaecida en la Historia*, es decir, un *mythos* o fábula exento de existencia operatoria. La fábula es ficticia por relación a la Historia, que se supone real. La fábula, pues, imitación de la Historia en términos funcionales, sólo podrá ser verosímil si pretende ser convincente o aceptable, es decir, *poética*, en tér-

minos formales. La construcción poética (*poiesis*) lo será en la medida en que aparente y simule ser verdadera, como lo es *de facto* la Historia. Queda así asignada la Verdad real a la Historia (lo cual es una ilusión epistemológica) y la Ficción verosímil a la Literatura (lo cual es no sólo una ilusión igualmente epistemológica, sino también una falsa conciencia fenomenológica: su fenomenología es ficticia).

Sin embargo, estas concepciones categoriales o científicas de la Historia y de la Literatura son hoy día completamente insostenibles, porque la Historia no es más (ni menos) que una *construcción histórica*, a partir de la interpretación de los materiales históricos o *reliquias* (Bueno, 1978c; Moradiellos, 2001), como el periodismo no es un reflejo de la realidad, ni siquiera una crónica fiel de ella, sino una *construcción periodística*, es decir, una sofisticada de la vida cotidiana del Mundo categorizado (M_i). La Literatura instituye su propia realidad, no posible, sino real, del mismo modo que la Historia instituye la suya, y precisamente igual que la Economía, la Termodinámica o la Matemática se constituyen como realidades ontológicas definidas, dotadas sus propios campos categoriales.

Se explica así que la Teoría de la Literatura nunca haya sabido con absoluta seguridad qué hacer exactamente respecto a la ficcionalidad de la lírica, desde el momento en que la poesía lírica no contiene la fábula o *mythos* necesaria para ser

historiada, es decir, en términos epistemológicos, para ser interpretada como expresión formal de verosimilitud histórica. Por eso siempre se consideró que la poesía no era ficción en sentido estricto, porque no contenía una fábula, una historia, una funcionalidad actancial, sino los sentimientos del poeta, del yo lírico, de lo subjetivo puro, etc. Así es cómo una perspectiva epistemológica del concepto de ficción exige reducir la literatura a una acción o fábula. La noción de ficción es, por esta razones, insuficiente e inadecuada para explicar lo que la literatura es. Es insuficiente porque no agota la totalidad de la complejidad ontológica de lo que la literatura es, y resulta inadecuada porque reduce falazmente la literatura a una de sus partes o dimensiones referenciales, la acción o fábula —que en sí misma no responde gnoseológicamente a verdad operatoria alguna—, abandonando o ignorando las demás, en las cuales están implicadas materialidades físicas y lógicas que son en sí mismas completamente inderogables (M_1 y M_3).

La cuestión de la verdad de la literatura convertiría a esta última en objeto de una gnoseología, del mismo modo que la cuestión de su realidad la había convertido en objeto de una epistemología. Sin embargo, si el planteamiento epistemológico, de corte aristotélico, inducía a partir de una concepción de Realidad hoy inaceptable por las ciencias categoriales, y por tanto errada, la propuesta gnoseológica es en sí misma improcedente

desde todos los puntos de vista, debido al simple hecho de que a la literatura no se le puede exigir que dé cuenta de *verdades*. La Literatura no es una ciencia categorial, como la Lingüística, la Geometría o la Economía, ni un discurso crítico, como la Filosofía, y por lo tanto no es ni puede ser objeto de una gnoseología. La Literatura es una construcción ontológica, no una construcción gnoseológica, como lo son las distintas ciencias categoriales. A quien hay que exigir que dé cuenta de *verdades* —de verdades científicas, naturalmente— es, en todo caso, al intérprete de la literatura, que, en tanto que teórico o científico que analiza los materiales literarios, ha de dar cuenta de la *verdad* contenida en los resultados de su investigación: es decir, ha de dar cuenta de la literatura en tanto que materialidad perteneciente a un mundo lógico, constituida en consecuencia por Ideas cuya formalización exige una explicación racional y lógica (M₃). Exigir a la Literatura la revelación o la confirmación de una *verdad* equivale a imponer a la realidad material de los hechos literarios una interpretación metafísica o teológica, es decir, una interpretación irreal, falaz y sofística. Y sin embargo, este imperativo gnoseológico, en virtud del cual se exige a la Literatura la confirmación o revelación de una *verdad*, está en la base de la hermenéutica sagrada, desde el momento en que el Judaísmo ha leído el *Viejo Testamento* como un conjunto de libros que contienen la *verdad histórica* del pueblo hebreo. Lo mismo cabe decir de la lec-

tura que el Cristianismo ha hecho del *Nuevo Testamento*, al hacer del posible Jesús histórico la *verdad revelada* del hijo de un Dios hecho hombre. Así, por ejemplo, la preceptiva aristotélica elaborada por los clasicistas del Renacimiento y la Ilustración es resultado de una lectura de la literatura greco-latina destinada a construir gnoseológicamente un concepto de verdad literaria, objetivado y codificado en el canon de la preceptiva clásica, y fuera del cual no era posible hablar en rigor de verdadera literatura. Igualmente, en nuestro tiempo, la posmodernidad trata, de forma tan poderosa como defraudada (a pesar de toda la industria editorial, universitaria e institucional que la sustenta), de imponer un Contra-Canon indefinido en el que inventariar y publicitar sus propias *verdades* acerca de la literatura, a la que le exigen corrección política, respeto a las creencias irracionales, justicia social, solidaridad universal, pacifismo panfilista o isovalencia de culturas. Se impone de este modo una preceptiva gnoseológica, de acuerdo con la cual la literatura ha de dar cuenta de *verdades* que fundamentan la legitimidad de determinados grupos sociales. Es un proceso irracional que sustituye la interpretación científica de la ontología literaria por la exigencia gnoseológica de "verdades" que ideólogos y teólogos de la cultura vierten psicológica y fenomenológicamente sobre la literatura. Siempre es un error pretender un análisis gnoseológico de la literatura en términos de verdad o falsedad, porque

la literatura es una construcción literaria que no instituye criterios de veridicción, sino que expone fenomenológicamente hechos, acciones, personajes, descripciones, etc., que pueden ser analógicos o sinalógicos, dialécticos o idénticos, afines o distantes respecto a referentes contenidos en otras obras literarias o artísticas, pero que serán siempre inmanentes, estructurales, formales, es decir, carentes de existencia operatoria en el mundo trascendental a la obra literaria, mundo en el que los seres humanos desarrollamos nuestra propia existencia operatoria, y en el cual la *verdad* de la literatura es una *ficción*. Ésta es la razón por la cual los moralistas de todos los tiempos, desde Platón hasta las feministas, pasando por los Santos Padres, se han caracterizado por identificar la ficción de la literatura y de los personajes literarios con la verdad de la realidad extraliteraria y la existencia operatoria de los seres humanos. No hay moralista que no se tome en serio el juego de la literatura, es decir, que no haga trampa a la hora de interpretarla. Pretender que la literatura sea una verificación del mundo, y que, cual ciencia categorial o libro sagrado, sea posible exigir o extraer de ella el contenido o la revelación de una *verdad*, moral, ideológica, teológica o de cualquier otro tipo, es una falacia gnoseológica que sólo puede conducir al dogmatismo más irracional o a la ilusión más trascendente.

La única opción posible para abordar la cuestión de la ficción en la literatura es la que ofrece la

perspectiva ontológica, que considera la obra literaria como una construcción material, en la que están integrados contenidos físicos (M_1), psicológicos (M_2) y lógicos (M_3), es decir, realidades que pertenecen a los tres géneros de materialidad. Y a partir de esta perspectiva ontológica ha de evitarse el confucionismo conceptual que ha imperado tradicionalmente al tratar de examinar la cuestión de la ficción en la literatura.

Los teóricos de la literatura han tratado como categorías, es decir, como acotaciones propias de su campo, nociones que, en realidad, son Ideas filosóficas, es decir, Ideas de otros ámbitos categoriales, y las han utilizado con frecuencia de forma indefinida o acrítica, y siempre con un sentido diferente del que en rigor les corresponde categorialmente. Así, por ejemplo, la "realidad" y la "verosimilitud" son categorías en Teoría de la Literatura, y como tales han sido utilizadas, y siguen siéndolo, dentro de esta disciplina, pero no puede ignorarse que genuinamente se trata de la Idea de *verdad* aristotélica y de su interpretación filosófica de los hechos. Y los hechos son siempre construcciones o reconstrucciones. No hay "hechos puros", como pensaba el positivismo decimonónico, o como sigue pensando el creacionismo religioso, las filosofías confesionales o ideológicas (y por tanto acríticas), o la fenomenología posmoderna. Una teoría sin hechos es pura fantasía, y los hechos sin teoría son, simplemente, el caos. Lo uno no se da sin lo

otro, y por eso es completamente ridícula, por fantástica y nihilista, una teoría literaria que prescindiera de la materialidad de los hechos literarios, como es el caso de la posmodernidad, por ejemplo. Y del mismo modo no cabe hablar de interpretación literaria al margen de una Teoría de la Literatura capaz de contener y formular tales interpretaciones, como han presumido hacer, grotescamente, muchos historiadores positivistas y bastantes pseudo-filólogos de nuestro tiempo, incapaces de pensar en términos racionales y lógicos sobre cualesquiera de los tres géneros de materialidad contenidos en las construcciones literarias. El resultado de este tipo de trabajos, que declaran insapientemente desestimar la Teoría de la Literatura como ciencia categorial destinada a la interpretación de los materiales literarios, no es otro que la rapsodia doxográfica, el comentario descriptivo y alegre del poema o novela de turno, o la retórica psicologista e ideológica del escribano que se entretiene con el texto literario como se podría entretener con la lista de la compra, el tenis o un flujo de electrones. La posmodernidad no ha surgido de la nada. No es el primero ni el único de los estadios, en la historia de los estudios literarios, que suprime uno o varios géneros de materialidad a la hora de interpretar el Mundo y la Literatura. La teoría aristotélica de la mimesis había suprimido nada menos que al sujeto operatorio, al que reducía al estatuto de un fiel reproductor de una Naturaleza ideal

y acaso monista. Las poéticas autoriales, fruto del idealismo alemán, acabarán por subsumir el texto en la hipóstasis del autor (biografismo, positivismo histórico, psicologismo, sociología de la literatura...) Con el triunfo de los formalismos, Barthes propugnará desde intereses gregarios — el gremio de los críticos literarios— la muerte o supresión del autor, con el fin de imponer institucionalmente la figura del crítico como intérprete supremo de la literatura, bajo cualquiera de las múltiples formas retóricas que las poéticas de la recepción asignarán a la presencia silente del lector (modélico, ideal, implícito, implicado, explícito, archilector, etc...) No ha habido acaso una sola teoría literaria, con la excepción de la semiología, que no haya tratado de suprimir, ignorar o desintegrar, alguno de los componentes materiales e inderogables de la Literatura.

Lo que comúnmente llamamos “ficción” es una construcción real que los seres humanos o sujetos operatorios realizan con los materiales reales de su entorno. Ficción y Realidad son, pues, en términos de materialismo filosófico, *conceptos conjugados*, donde la ficción sólo se da a través de elementos materiales reales, al igual que la Forma sólo se manifiesta a través de la Materia. La Ficción tiene sentido porque *existe* en la Realidad. Y porque su existencia, dentro de la Realidad, es una existencia *material*.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1996). *Sofistas. Testimonios y fragmentos*, Madrid, Gredos. Introducción, traducción y notas de Antonio Melero Bellido.
- ALMANSI, Guido (1975), *The Writer as Liar. Narrative Technique in the Decameron*, London and Boston, Routledge and K. Paul. Versión italiana: *Bugiardi. La verità in maschera*, Venezia, Marsilio, 1996.
- ARISTÓTELES, *Poética*, Madrid, Gredos, 1992 (1ª ed., 2ª reimpr.) Edición trilingüe de V. García Yebra.
- BARTHES, Roland (1968), "La mort de l'auteur", *Le bruissement de la langue*, Du Seuil, Paris, 1984 (61-67). Trad. esp. de C. Fernández Medrano: "La muerte del autor", *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987 (65-71).
- BOOTH, Wayne C. (1961), *The Rhetoric of Fiction*, Chicago & London, The University of Chicago Press, 1983². Trad. esp. de S. Gubern Garriga-Nogués: *Retórica de la ficción*, Barcelona, Bosch, 1974.
- BUENO, Gustavo (1972), *Ensayos materialistas*, Madrid, Taurus.
- BUENO, Gustavo (1978a), "Conceptos conjugados", *El Basilisco*, 1 (88-92).
- BUENO, Gustavo (1978b), "En torno al concepto de ciencias humanas. La distinción entre metodologías α -operatorias y β -operatorias", *El Basilisco*, 2 (12-46).

- BUENO, Gustavo (1978c), "Reliquias y relatos: construcción del concepto de *historia fenoménica*", *El Basilisco*, 1 (5-16).
- BUENO, Gustavo (1982), "Gnoseología de las ciencias humanas", en *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias (12/16 abril 1982)*, Oviedo, Pentalfa (315-347).
- BUENO, Gustavo (1985), *El animal divino. Ensayo de una filosofía materialista de la religión*, Oviedo, Pentalfa, 1996 (2ª ed.).
- BUENO, Gustavo (1990), *Materia*, Oviedo, Pentalfa.
- BUENO, Gustavo (1990b), "Ignoramus, Ignorabimus! (en torno al libro de Ferdinando Vidoni)", *El Basilisco*, 4 (69-88).
- BUNGE, Mario (1987), "Borges y Einstein, o la fantasía en arte y en ciencia", *Revista de Occidente*, 73 (45-62).
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1605-1615), *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Crítica, 1998. Ed. de F. Rico.
- DOLEZEL, Lubomir (1980), "Truth and the Authenticity in Narrative", *Poetics Today*, 1.3 (7-25). Trad. esp. de Mariano Baselga: "Mímesis y mundos posibles", en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (95-122).
- DOLEZEL, Lubomir (1988), "Mimesis and Possible Worlds", *Poetics Today*, 9.3 (475-496). Trad. esp. de Mariano Baselga: "Mímesis y mundos posibles", en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (69-94).
- DOLEZEL, Lubomir (1989), "Possible Worlds and Literary Fictions", en S. Allen (ed.), *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences*, Berlin, Gruyter (221-242).
- DOLEZEL, Lubomir (1998), *Heterocósmica. Fiction and Possible Worlds*, London, The Johns Hopkins

- University Press. Trad. esp. de Félix Rodríguez: *Heterocósmica. Ficción y mundos posibles*, Madrid, Arco-Libros, 1999.
- ECO, Umberto (1979), *Lector in fabula. La cooperazione interpretativa nei testi narrativi*, Milano, Bompiani. Trad. esp. R. Pochtar: *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Lumen, 1981.
- FOUCAULT, Michel (1969), "Qu'est-ce qu'un auteur?", *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 64 (75-104).
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio (ed.) (1997), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros.
- GLINZ, Hans (1977-1978), *Textanalyse und Verstehenstheorie*, Frankfurt am Main, Athenäum (2 vols.)
- GOETHE, Johann Wolfgang von, *Faust* (1808-1832), en *Goethes Werke Band III. Dramatische Dichtungen I*, München, Verlag C.H. Beck, 1996. Textkritisch durchgesehen und kommentiert von Erich Trunz.
- GONZÁLEZ MARÍN, Carmen (1986), "Jacques Derrida: leer lo ilegible", *Revista de Occidente*, 62-63 (160-182).
- GÜNTERT, Georges (2006), "El Quijote, El curioso impertinente y la verdad de la literatura", *Versants*, 51 (201-220).
- ISER, Wolfgang (1990), *Fingieren als anthropologische Dimension der Literatur*, Konstanz, Universität Verlag.
- ISER, Wolfgang (1990a), "Fictionalizing: the Anthropological Dimension of Literary Fictions", *New Literary History*, 21 (939-955). Trad. esp. de Paloma Tejada Caller: *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (43- 65).
- LANDWEHR, Jürgen (1975), *Text und Fiktion: zu einigen literaturwissenschaftlichen und kommunikationstheoretischen Grundbegriffen*, München, Fink.

JESÚS G. MAESTRO

- LEIBNIZ, Gottfried Wilhelm von (1714), *Monadología. Principios de filosofía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001. Edición de Julián Velarde.
- MAESTRO, Jesús G. (1994), "Cervantes y Avellaneda. La transducción del sentido en la elaboración del Quijote", *Cervantes. Estudios cervantinos en la víspera de su centenario*, Kassel, Edition Reichenberger (309-341).
- MAESTRO, Jesús G. (2002), "La recuperación de la semiótica", en Jesús G. Maestro (ed.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria*, Madrid, Arco-Libros (11-40).
- MAESTRO, Jesús G. (2002a), "Dante, Cervantes, Shakespeare, Molière", en Jesús G. Maestro (ed.), *Teatro hispánico y literatura europea. Theatralia*, 4 (15-45).
- MAESTRO, Jesús G. (2006), *La Academia contra Babel. Postulados fundamentales del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea*, Pontevedra, Mirabel Editorial.
- MANSILLA, H.C.F. (1999), "La abdicación del pensamiento ante el horizonte del presente", *Revista de Estudios Políticos*, 103 (89-128).
- MÁRQUEZ, Antonio (1989), "La Inquisición y Cervantes", *Anthropos*, 98-99 (5-58).
- MARTÍNEZ BONATI, Félix (1978), "El acto de escribir ficciones", *Dispositio*, 3 (137-144). Reed. en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (159-179).
- MARTÍNEZ BONATI, Félix (1980), "Representation and Fiction", *Dispositio*, 5 (19-33).
- MARTÍNEZ BONATI, Félix (1981), *Fictive Discourse and the Structures of Literature. A Phenomenological Approach*, Cornell University Press.
- MARTÍNEZ BONATI, Félix (1992), *La ficción narrativa. (Su lógica y ontología)*, Universidad de Murcia,

- Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico.
- MARTÍNEZ BONATI, Félix (1995), *El Quijote y la poética de la novela*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- MOLHO, Maurice (1970), "Remarques sur le *Mariage trompeur* et *Colloque des chiens*", en M. Molho (ed.), *Cervantes. Le mariage trompeur et Colloque des chiens*, Paris, Aubier-Flammarion (15-95). Reed. en "Observaciones sobre *El casamiento engañoso* y *Coloquio de los perros*", *De Cervantes*, Paris, Editions Hispaniques, 2005 (233- 305).
- MOLHO, Maurice (1983), "Antroponimia y cinonimia del *Casamiento engañoso* y *Coloquio de los perros*", en José Luis de Bustos Tovar (ed.), *Lenguaje, ideología y organización textual en las 'Novelas ejemplares'*, Madrid, Editorial Complutense (81-92). Reed. en *De Cervantes*, Paris, Editions Hispaniques, 2005 (307- 320).
- MORADIELLOS, Enrique (2001), *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*, Madrid, Siglo XXI.
- PAVEL, Thomas G. (1975), "Possible Worlds in Literary Semantics", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 34.2 (165-176).
- PAVEL, Thomas G. (1986), *Fictional Worlds*, Cambridge, Harvard University Press. Trad. fr.: *Univers de fiction*, Paris, Seuil, 1988.
- PLATÓN (1992), *Diálogos I. Apología, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármenes, Hipias Menor, Hipias Mayor, Laques, Protágoras*, Madrid, Gredos, (3ª reimpr.) Introducción general de Emilio Lledó. Traducción y notas por J. Calonge Ruiz, E. Lledó y C. García Gual.
- PLATÓN (1992), *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*, Madrid, Gredos (2ª reimpr., 1ª ed.) Traducciones,

JESÚS G. MAESTRO

- introducciones y notas por C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Iñigo.
- PLATÓN (1992), *Diálogos IV. República*, Madrid, Gredos, 1992 (2ª rempr., 1ª ed.) Traducciones, introducciones y notas por C. Eggers Lan.
- PLATÓN (1992), *Diálogos V. Parménides, Teeteto, Sofista, Político*, Madrid, Gredos (1ª rempr., 1ª ed.) Traducciones, introducciones y notas por María Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero.
- POZUELO YVANCOS, José María (1978), "El pacto narrativo: semiología del receptor inmanente en *El colquio de los perros*", *Anales cervantinos*, 17 (147-176). Reproducido en *Del formalismo a la neorretórica*, Madrid, Taurus, 1988 (83-117).
- REISZ DE RIVAROLA, Susana (1979), "Ficcionalidad, referencia, tipos de ficción literaria", *Lexis*, 3.2 (99-170).
- REISZ DE RIVAROLA, Susana (1989), *Teoría y análisis del texto literario*, Buenos Aires, Hachette.
- RICOEUR, Paul (1983-1985), *Temps et récit*, Paris, Seuil. Trad. esp. de Agustín Neira: *Tiempo y narración*, Madrid, Cristiandad, 1987 (3 vols.)
- SCHMIDT, Siegfried J. (1972), "Ist Fiktionalität eine linguistische oder texttheoretische Kategorie?", in E. Gülich and W. Raible (eds.), *Textsorten*, Frankfurt am Main, Athenäum (59-80).
- SCHMIDT, Siegfried J. (1976), "Towards a Pragmatic Interpretation of Fictionality", en T.A. van Dijk (ed.), *Pragmatics of Language and Literature*, Amsterdam, North-Holland Publishing Company (161-178).
- SCHMIDT, Siegfried J. (1980), "Fictionality in Literary and non-literary Discourse", *Poetics*, 9 (525-546).
- SCHMIDT, Siegfried J. (1980a), *Grundriss der empirischen Literaturwissenschaft. Band I. Der gesellschaftliche*

- Handlungsbereich Literatur*, Braunschweig, Vieweg und Sohn Verlagsgesellschaft. Trad. esp. de F. Chico Rico: *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura*, Madrid, Taurus, 1990.
- SCHMIDT, Siegfried J. (1984), "The Fiction is that Reality Exist. A Constructivist Model of Reality, Fiction and Literature", *Poetics Today*, 5, 2 (253-274). Trad. esp. de Paloma Tejada Caller: "La auténtica ficción es que la realidad existe. Modelo constructivista de la realidad, la ficción y la literatura", en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (207-238).
- SEARLE, John R. (1975), "The Logical Status of Fictional Discourse", *New Literary History*, 6 (319-332). Trad. esp.: "El estatuto lógico del discurso de ficción", en R. Prada Oropeza (ed.), *Lingüística y Literatura*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1978 (37-50).
- SEGRE, C. (1985), "Ficción", *Principios de análisis del texto literario*, Barcelona, Crítica (247-267). Trad. esp. de M. Prado de Santayana. Edición original: *Avviamento all'analisi del testo letterario*, Torino, Einaudi, 1985.
- SOKAL, Alan y BRICMONT, Jean (1997), *Impostures intellectuelles*, Paris, O. Jacob. Trad. esp. Joan Carles Guix: *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 2002.
- SPINOZA, Baruch (1924), *Spinoza Opera. Im Auftrag der Heidelberger Akademie der Wissenschaften*, herausgegeben von Carl Gebhardt, Heidelberg, Carl Winter Verlag.
- VARGAS LLOSA, Mario (1990), *La verdad de las mentiras*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- VILLANUEVA, Darío (1992), *Teorías del realismo literario*, Madrid, Espasa-Calpe.
- VOLLI, U. (1978), "Mondi possibili, logica, semiotica", *Versus*, 19-20 (123-148).

JESÚS G. MAESTRO

WALTON, K. L. (1978), "How Remote Art Fictional Worlds from the Real World?", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 37 (11-23).

WALTON, K. L. (1980), "Appreciating Fiction: Suspending Disbelief or Pretending Belief?", *Dispositio*, 5 (1-18).

✉